

A woman with dark hair, wearing a gold sequined dress and a gold floral headband, is sitting on a wooden swing. She is holding onto the ropes of the swing with her right hand. The background is a dark blue night sky filled with soft, white clouds and several golden, five-pointed stars of varying sizes. The overall mood is dreamy and ethereal.

CON LA PRÓXIMA
lluvia de estrellas

FANNY RAMÍREZ

**Con la próxima
Lluvia de estrellas**

Fanny Ramírez

Título: Con la próxima lluvia de estrellas.

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Fanny Ramírez

Primera edición agosto, 2020

Diseño de cubierta: Fanny Ramírez

©De la imagen de la cubierta: Adobe stock.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Con la próxima lluvia de estrellas... volveré a verte.

Índice

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1.

—¿Y Lorena?

Paula aparta la mirada de su helado y alza los ojos hacia mí al mismo tiempo que se mete una gran cucharada en la boca. Su gemido de placer hace que algunas personas nos miren y sienta la necesidad de esconderme bajo la mesa. Odio ser el centro de atención.

—Dijo que ya venía... estará por llegar, supongo —se encoge de hombros.

Vuelve a tomar otra cucharada y se la come con verdadero deleite. Yo disfruto igualmente de mi insípido té. Las campanillas de la puerta me hacen mirar hacia esa dirección, donde la cabellera negra de Lorena aparece, dejando la taza a medio camino de mi boca. Está radiante, alegre como siempre y desprendiendo su desparpajo natural viene a nuestra mesa al final del local.

—Buenos tardes, nenas —saluda repartiendo besos a Paula y a mí.

Miro sus manos como si una fuerza sobrehumana me obligara a hacerlo y no es para menos.

—¿Qué es eso? —pregunto, sin necesitar verdaderamente una respuesta a esa estúpida pregunta.

—Lo traje para ti —declara ella entregándome aquella maravilla al mismo tiempo que se sienta junto a mí y alza mano llamando a la camarera.

—“Te desafío a enamorarme” —leo sintiendo el familiar cosquilleo recorriéndome de pies a cabeza.

—Te va a encantar, Clau —la escucho decir. Pero estoy tan atrapada leyendo la sinopsis, que no puedo contestar ni agradecerle aquel gesto.

—Cierto —comenta Paula con la boca llena. Traga y asiente efusivamente hacia mí—. Es una verdadera maravilla ese libro. Me enamoré del sexy Sebastián, incluso fue durante unas semanas, mi fantasía favorita para mis noches de soledad. —Sus cejas se mueven sugestivamente y Lorena suelta una risotada. Yo simplemente niego con la cabeza y deseo no parecer una bombilla incandescente.

No es de extrañar que Lorena me deje libros con los que satisfacer mi vicio, y es que con lo poco que gano en mi trabajo, no puedo permitirme el lujo de comprar todos los que quiero. Si por mí fuera, en vez de paredes, tendría libros. Románticos a ser posible. Soy una amante sin remedio y para qué engañar: también me gustan las novelas con un toque erótico. Pero siempre con una historia previa, cabe destacar. A mí eso de ponerse a... *chuscar* como conejos en cuanto se conocen y seguir así toda la novela... bueno, está bien para esas noches en vela, a falta de un buen... revolcón como diría mi amiga.

Poco después, viendo que no estoy muy por la labor de entablar conversación, teniendo aquel magnífico regalo en mis manos, nos despedimos y pongo rumbo a mi apartamento con paso apresurado.

Escuchando el taconeo de mis botas en el acerado, cómo los coches y taxis van y vienen por las calles y sintiendo los segundos pasar a mí alrededor, no veo el momento de llegar para ponerme a leer como una loca. Menos mal, desde hace unos años, cumplí mi sueño de poder irme a vivir sola. Y no es que estuviera mal viviendo con mis padres y mis siete hermanos, pero... necesitaba espacio. No es fácil lidiar con tanto hombre por ahí suelto. No me dejaban respirar tranquila ni mucho menos leer a gusto. Siempre estaba aquella ley estúpida que seguro les cedió mi madre nada más nacer: hacer rabiar a vuestra hermanita.

Aun hoy, tengo que tratar con ellos incordiándome por teléfono. Es un suplicio. Aunque una cosa no quita a la otra. Los echo mucho de menos. Eso de estar en otra ciudad tiene sus ventajas

pero también las desventajas de no verlos cuando quiero.

Aunque mi apartamento no es más que un salón-cocina-comedor, una habitación y un baño pequeño pero muy cuco, estoy lamar de feliz por poder tan siquiera permitirme eso. Trabajo por horas en la biblioteca y aunque cobro una miseria, lo mínimo para poder subsistir, no me quejo en absoluto.

Me encanta estar rodeada de letras e historias. Lo que no me encanta tanto: que mi jefa no me deja ni ojear el título de ninguna de ellas.

Abro el pesado portón del bloque de apartamentos, casi desencajándome los brazos por el esfuerzo y profiriendo un largo suspiro entro y me dirijo al ascensor que me llevaría al cuarto piso. Las puertas metálicas un poco oxidadas, hacen de reflejo a mi aspecto. No puedo reprimir la mueca que me sale al ver mi atuendo y odio tener que dar la razón a mis amigas.

No es que vista mal, si no que a diferencia de ellas, no puedo estar gastando en ropa lo que puedo ahorrarme para comprar comida. Me conformo con lo que tengo, aunque sea de la temporada pasada. Hoy sin ir más lejos: mis rizos castaños se esconden bajo un gorro azul, regalo de mi mamá por navidad, que más tarde me enteré que fue de mi prima que según ella ya no se llevaba. Mi jersey verde, hace resaltar mis ojos casi del mismo color y no está tan mal si no miras la manga derecha deshilachada o el minúsculo agujero justo debajo del pecho. Mis vaqueros son casi nuevos, los compré hace unas semanas en el mercado. Fue una auténtica ganga. Solo por tener una pernera un poco más larga que la otra, me rebajó tres euros de su precio. ¿Genial, verdad? solo tengo que doblar la otra, para que quede igual y listo. Si ya lo dijo mi padre: “Para todo tiene salida, esta niña”

Vuelvo a suspirar en cuanto las puertas se abren por fin, abrazando el libro con una mano y sacando las llaves con la otra, entro en mi hogar. «Hogar, dulce y pequeño, hogar»

Nada más dar un paso, estoy en el salón que a su vez hace de cocina y comedor, una gran estantería con montones de libros, le dan color a las blancas paredes y un pequeño sofá a juego con la alfombra y las cortinas, dan lugar a mi espacio perfecto.

Me encanta sentarme y escuchar la lluvia mientras leo y bebo un té caliente. Amo el invierno, la lluvia y el frío... todo lo que signifique estar encerrada y poder leer a gusto, está bien para mí. Cosa que si mi madre se entera, me manda de cabeza a un manicomio.

Dejo el libro encima de la pequeña mesa de café junto al sillón y me dirijo a mi habitación para ponerme cómoda. Una camiseta de tirantes, pantalones largos de pijama y una manta de pelos, son mi atuendo preferido y por el que opto. Ya cómoda y dispuesta, coloco el libro en mi regazo y empiezo a leer.

“Y me mira a los ojos, con aquellos orbes azules, tan oscuros como el manto de la noche. Me ama. Soy la mujer más dichosa del planeta. Y cuando sus labios tocan los míos, me siento desfallecer. Sus manos me despojan de mis ropas al mismo tiempo que yo le despojo de las suyas. Nos amamos... y no puedo ser más feliz.”

—Definitivamente eres mi nuevo amor, Sebastián Mateo —sollozo entre lágrimas abrazando el libro contra mi pecho y cerrando los ojos—. Ojalá existieras... ¡yo te invoco! —me río histéricamente por la locura que acabo de decir.

Definitivamente, demasiada lectura por esta noche. Lo bueno: Que solo me queda el capítulo final de la historia; lo malo: que no quiero que acabe.

A la mañana siguiente con el mal humor mañanero que me caracteriza, salgo de mi cama y entro a la ducha a un tiempo record. Siempre me pasa igual cuando me acuesto a las tantas de la noche,

teniéndome que levantar temprano al día siguiente para ir a trabajar. Y es que apenas creo que he dormido tres horas por no dejar la novela a medias y por raro que parezca me di por satisfecha justo en la cúspide. O como diría Paula, en pleno orgasmo.

En cuanto estoy limpia y seca, sin entretenerme siquiera en tapar mi cuerpo, abro la puerta para salir. Total, estoy sola y las cortinas aún están echadas. Y de todas maneras, ¿quién va a estar observando ventanas de cuartos pisos a las siete de la mañana?

En cuanto cierro la puerta detrás de mí, un movimiento que vislumbro a través de mis pestañas, me hace alzar la mirada para encontrarme con un hombre. Un completo desconocido observa mi cuerpo de abajo a arriba y de vuelta a mis pies descalzos.

—¡Aaaaahhhhhhh!

—¡La virgen! —murmura él tapándose los oídos. Pero claro, sus ojos están aún entretenidos mirándome sin ningún tipo de tapujos.

Atrapo el cojín del sofá tapándome como puedo mis partes íntimas. Cosa totalmente imposible porque el cojín puede medir como una de mis tetas.

—¿Quién demonios eres?! —chillo haciendo malabares con dos cojines ésta vez—. ¡Y deja de mirarme!

El hombre alza las manos en signo de paz y cuando me mira por fin a la cara, desvía la mirada avergonzado. ¡A buenas horas!

—Lo siento... —musita dándose la vuelta dejándome ver cual ancha es su espalda.

Mi respiración es jadeante y ahogada, como si en vez de haberme estado duchando, hubiera llegado de correr una maratón. No es para menos, otra en mi lugar seguro lo agarraría a palos. Pero yo no lo hago por una simple razón: Aquel hombre se me hace malditamente familiar, por no hablar de su voz malditamente conocida. Todo de él me recuerda a alguien, pero... ¿a quién?

Estoy tan ensimismada en buscar en lo más hondo de mi mente, que me sobresalto en cuanto lo escucho hablar.

—¿Puedes vestirme, por favor? —pide alzando su cabeza hacia el techo y poniendo sus brazos en jarra.

—Oh... claro —digo para luego echarme a correr hacia mi habitación.

Echo el pestillo en cuanto encajo la puerta de un portazo. Cosa inútil ya que me ha visto como dios me trajo al mundo. ¿Qué más va a ver? Además si aquel hombre es un violador, una puerta más fina que mi dedo, no lo va a parar.

Desecho aquella idea, en cuanto pienso que si realmente viene a hacerme daño, ya lo hubiera hecho. Por lo que después de soltar un suspiro, me visto con lo primero que encuentro y salgo para pedirle una larga explicación.

—Ya me estás diciendo: quién eres, que haces en mi casa y lo más importante: ¿Eres peligroso? —el hombre, tremendamente atractivo, por cierto, abre su boca para hablar, pero sin esperármelo ninguno de los dos, sigo con mi diarrea verbal. Suele pasar cuando me veo en situaciones como esta en la que estoy de los nervios—. Obviamente si lo eres no vas a decírmelo, pero te ordeno que me lo digas. Si no, te arrepentirás... —Mi voz amenazante junto con mis manos echas puño y mi ceño fruncido lo hacen sonreír.

Y hasta ahí llegó mi vida.

—No voy hacerte daño... no sé qué hago aquí ni cómo he llegado. Solo sé que en un parpadeo, estaba en otro lugar en vez de en mi casa. Siento haberte... —señala la puerta del baño y se rasca la nuca luciendo de nuevo un poco avergonzado... asustado antes. No fue mi intención.

Se acerca unos pasos hasta quedar en toda su altura frente a mí. Sus ojos son oscuros haciéndolos parecer negros pero con una leve chispa azul intenso. Como una noche estrellada. Su

pelo moreno acaricia su frente y casi tengo el impulso de apartárselo. Su ceño está fruncido por la preocupación. Sus ropas arrugadas y parece no haber dormido.

—¿Quién eres? —pregunto en un hilo de voz.

—Me llamo Sebastián. Sebastián Mateo.

Y ahí sí que mi mundo se derrumba a mis pies. O soy yo cayendo al suelo desmayada.

—¿Estás jodidamente insinuando que me crea lo que estás insinuando? —chilla Paula al otro lado.

Llamé a Lorena, la cual es la dueña de aquel libro del demonio, pero no me cogió el teléfono. Entonces pensé que quizás está en el trabajo, cosa que yo hoy no fui a hacer. Suerte tengo si mañana sigo teniéndolo.

Pero el maldito punto es el siguiente:

¡Tengo al mismísimo Sebastián Mateo en mi salón! ¡En carne y hueso! ¡Y qué carne!

Madre mía... estoy demente y encima Lorena, la cual fue mi segunda opción, no para de darme la razón en eso. No se lo cree, obviamente. Por más que le digo lo que me ocurre, ella salta con cualquier chillido histérico o me pone de loca para arriba.

—Joder, es en serio... —lloriqueo sentándome en la cama de cara a la puerta.

Un rato antes, Sebas, digo... Sebastián, ha cuidado de mí hasta que desperté. Y no es que lo recuerde, ya que caí inconsciente. Pero lo primero que vi al abrir los ojos fue su rostro inundado por la preocupación y sus manos acariciando mi cara. Justo después, entró en la cocina para prepararme algo para comer. Según él: eso me pasa por la falta de nutrientes de no haber desayunado. Estuve a punto de soltar una carcajada en cuanto lo dijo. Cosa que reprimí al ver que realmente estaba asustado por mi salud.

—¿Te has tomado la temperatura? —sigue diciendo mi amiga por la otra línea.

Y harta de esperar apoyo moral, aunque sea mínimo de su parte, cuelgo y me dejo caer en la cama para a continuación cerrar los ojos.

—Oye... ¿Cómo tomas el café?

Su voz tan atrayente como canto de sirena, en este caso *sireno* o como se diga el macho de la sirena, casi me hace babear. Por otro lado opto por erguirme, planchando mi fino vestido en un intento de parecer formal.

—Con leche condensada casi hasta la mitad y dos de azúcar.

Su cara se arruga en una mueca.

—Eso parece más un postre que un café.

—No me gusta el café —digo riéndome de su semblante descolocado.

—¿Entonces quieres que prepare un té, leche con cacao...?

—Estará bien el café no te preocupes. Creo que hay un bote guardado en el armario de “para las visitas”.

—Vale... —se da la vuelta para salir, con el ceño levemente fruncido y una sonrisilla jugándole en los labios, pero cambia de idea y se vuelve de nuevo hacia mí—, ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Claudia.

Me regala una sonrisa megavativos y sin más, se va fuera de la habitación. Suspiro y me armo de valor para salir y afrontar aquello. No se siquiera si él es consciente de que se trata de un personaje de libro ni si quiera si recuerda algo de su vida. También me puedo encontrar con que él quiera volver a su mundo ¿y cómo hago yo eso? No tengo idea de cómo salió, en primer lugar.

«Ojalá existieras... ¡yo te invoco!»

—No puedo estar pensando en ello... no puede ser... ¿qué se supone que soy? ¿Una bruja? —

cuando me voy a dar cuenta, estoy andando de un lado para otro en el reducido espacio de mi habitación y lo que me falta es tirarme de los pelos para parecer una completa desquiciada.

Pero de nuevo la voz de Sebastián llamándome hace que la cordura, véase la ironía, regrese a mí. Voy hacia la cocina donde él trastea en la despensa sacando el pan y los cereales. Veo tan extraño tener a alguien tan... masculino, varonil, grande y atractivo, en mi espacio, que casi estoy por llorar.

Estoy hecha un mar de hormonas revolucionadas.

—¿Quieres cereal o tostada con mantequilla? No tienes mucho donde elegir —pregunta divertido haciendo que mi corazón se estruje.

Estoy un poco harta de que la gente me reproche la falta de fondos en la cual me encuentro.

—Por lo menos tengo dónde vivir —suelto dolida y haciendo que las lágrimas salgan de mis ojos sin control—. Por lo menos no me muero de hambre aunque tenga que comer todos los días lo mismo.

Sus ojos escrutan mi cara con temor y sin saber qué hacer conmigo. No lo culpo. Soy yo la inestable en este momento. Pero estoy tan, tan harta. Seguro se aproximan mis días del mes...

—Clau... yo no...

Lloro más en cuanto escucho su apodo para mí. No nos conocemos más que de unas horas y ya me ha puesto un diminutivo cariñoso.

Sus brazos me rodean cual calmante, relajando mi cuerpo, mas no mis lágrimas. Los temblores del llanto poco a poco cesan quedando solo la humedad en mis ojos. Su mano sube y baja por mi pelo y espalda. Maravillándome con lo que es sentir la cercanía de un hombre después de tanto tiempo. Su voz susurrando palabras de calma en mi oído... Podía quedarme dormida en este momento, pero su olor y embriagante cercanía hacen todo lo contrario.

—No quería hacerte sentir mal, no sé cómo llegué aquí ni tampoco quién eres y me tiene hecho mierda esta incertidumbre. Echo de menos a Lisa y...

Alzo la cabeza en cuanto lo escucho hablar de su novia, a la cual en el libro prometió amor eterno. Y como si me quemase, me aparto de él todo lo que puedo sin parecer descortés.

—Tienes razón, yo... —me siento tremendamente avergonzada por mi comportamiento siendo consciente de que él está mucho peor que yo. ¿Qué haría si un día despertara en otro lugar, desconocido para mí y con gente que no conozco? —Lo siento —me disculpo esquivando su mirada—, no tuve en consideración de que debes de sentirte impotente por todo lo ocurrido. Ayer estabas en un libro y hoy...

—¿Qué? —su pregunta risueña me hace mirarlo a los ojos. Está partiéndose de la risa por lo que acabo de decir y mucho me temo que aquella risa se le irá de un momento a otro en cuanto sepa que estoy hablando totalmente en serio.

Cosa que tarda como tres segundos en ocurrir. Su risa remite al ver mi cara seria y aún sin creérselo del todo, vuelve a preguntar:

—¿Qué estás diciendo?

—Sí. Eres un personaje ficticio, el cual, una mujer inventó. Tu creadora se debe de estar forrando ahora mismo con los ejemplares vendidos. Número uno en España y Latinoamérica, según tengo entendido.

—Esto debe ser una broma... —vuelve a soltar una risa corta y se da la vuelta con la intención de seguir haciendo el desayuno. Aunque puedo ver claramente, mientras vierte la leche en la taza, cómo su cara cambia en cuanto el entendimiento llega a él cual mazazo—. ¿Quieres decir que soy una fantasía? ¿Que no... existo? ¿Que mi vida es un putito culebrón en boca de todo el mundo?

—Sebas...

—¡Esto es una locura! —suelta una risotada nerviosa, al mismo tiempo que la leche rebosa del vaso, obligándolo a soltar la caja vacía a un lado y luego proceder a limpiarlo todo con manos temblorosas.

Sus ojos me miran temerosos y brillantes por la impotencia que siente. No sé qué hacer y ya es tarde para arrepentirme. Por otro lado, tarde o temprano se enteraría y es mejor que fuera cuanto antes.

—Por eso no recuerdo nada de mi infancia... ni siquiera lo que hice el año pasado... Tengo que volver... —dice al fin una vez se regresa de sus pensamientos—, si en realidad es ese sitio de donde vengo, tengo que volver allí. No me imagino mi vida sin Lisa por mucha fantasía que sea.

—Te ayudaré ¿de acuerdo? Solo tenemos que... —él espera a que le diga la solución, pero no tengo idea de lo que hacer—, algo habrá que podamos hacer.

O eso espero.

Capítulo 2.

—¿Y bien?

Sube la mirada hacia mí y no sé cómo describir su expresión con exactitud. Claramente está furioso, cosa que entiendo. Está tenso, sus manos tiemblan y sus dedos son torpes a medida que pasa de página.

—¿Me estás diciendo que mi vida cabe en un libro de trescientas y pico de páginas? —Bufa cerrándolo con un golpe seco—, menos mal tuvo la consideración, ésta señorita... —señala el libro en donde la escritora, en una fotografía, sonrío—...de no poner un final. Sería verdaderamente triste que todo acabara en: “y vivieron felices por siempre jamás”

—¿Que no tiene qué? —pregunto. Mi voz sale más chillona de lo que pretendo.

—No tiene final... —dice despacio como si tuviera miedo a mi reacción.

—¿Cómo qué no? Ayer lo único que me faltó por leer fue el final. Yo vi las letras impre...

El libro queda abierto por el capítulo treinta y cuatro donde claramente las páginas que lo proceden, están en blanco. Completa e impolutamente en blanco.

—P... pero... yo vi...

—¿Estás intentando decir que ayer sí estaba el final escrito?

Asiento con la cabeza tan efusivamente que me mareo. Aquello es una locura, yo lo vi. Vi cómo las palabras redactaban el capítulo final, donde debería haber contado la boda de Sebas con Lisa. O un bebé en camino... como todo buen epílogo que se precie.

—Bueno... viendo que yo salí de aquí justo en el capítulo antes del final... tiene sentido que las últimas páginas no existan. Es decir... yo no viví ese final. No contigo, de todas maneras.

Pestaño en conmoción. No sé qué decir. No sé si realmente entiendo todo lo que me dice o intenta decir. Porque parece que habla en chino.

—No te sigo... —murmuro tragando saliva.

—A ver... —se posiciona de rodillas en el suelo y agarra mis manos que se retuercen en mi regazo sin ser consciente de ello y me sonrío con ternura. Como si fuera a hablar con una niña pequeña e inocente. Y claramente viéndolo en esta posición, pensando como pensaría Paula, diría que está a la altura idónea para... —... ¿Por qué te sonrojas? —su sonrisa y su cercanía hacen que mi corazón bombee en mi pecho queriendo atravesarlo.

—Yo...

—Eres muy linda ¿lo sabías?

Me levanto de la silla casi golpeándolo en la cara con las rodillas y me alejo de su lado como si respirar su mismo aire me hiciera ahogarme. Me siento demasiado expuesta y verdaderamente excitada. Sí, dije excitada, sin morir en el intento. Y no es de extrañar. Teniendo cerca a un hombre que puede ser el sueño de toda mujer de sangre caliente, no es precisamente lo que se dice un viaje a Disney.

—Tengo que llamar a Lorena... —musito para mí. Pero puesto que él también está en la sala, puede haberme escuchado claramente.

—¿Quién es ella?

Me doy la vuelta tras coger aire y lo veo de pie observándome.

—Mi amiga, la que me regaló el libro.

—Sí, puede que ella sepa cómo devolverme.

Asiento y mis ojos vagan por su cuerpo sin poder evitarlo. Sus pantalones de vestir, aun arrugados, se amoldan a sus fuertes y largas piernas, abrazando sus musculosos muslos. Su camisa blanca al igual que la parte inferior, está arrugada y fuera de los pantalones. Y cuando vuelvo a su

cara, su sonrisa engreída me hace tensarme.

—¿Soy como te imaginabas?

—Hemp...

Su risa interrumpe mis balbuceos y entonces caigo en la cuenta de su trampa.

—¡Muy gracioso!

Él se acerca y con un suave movimiento me tiene entre sus brazos, haciéndome enterrar mi cara en su cuello.

—Solo era una broma, Clau... —suelta una risilla y tras besar mi cabeza se aleja pero sin llegar a soltarme del todo—, pero tiene su gracia. Aunque sea alguien sacado de la imaginación de una escritora, soy tal como tú me imaginaste. A eso me refería antes. Yo no viví el final del libro, porque tú no lo viviste conmigo.

—Claudia, de verdad no hace falta que hagas esto por mí.

—¿Y qué pretendes? —Paro en mitad de la acera para encararlo—, ¿Ir todo el tiempo que estés aquí con esa ropa? Por el amor de dios, necesitas al menos un par de mudas. Por no hablar de ropa interior, maquinillas de afeitar y todas esas cosas que utilizáis los hombres.

Sebas suelta una carcajada antes de alcanzar mi mano para pararme de nuevo. Ruedo los ojos con cansancio.

—Tienes razón en lo que a temas íntimos y de higiene te refieres. Créeme, no creo que me quepan una de tus braguitas... —me pongo de mil tonos diferentes en cuanto suelta eso y no sé si reír o salir corriendo—, pero mañana buscaré trabajo, uno temporal, hasta que se solucione todo esto. No quiero que gastes sin tener necesidad de ello. Pero prometo devolvarte hasta el último céntimo.

—Si te digo que sí, ¿te callarás?

—Como en misa... —y una sonrisa canalla curva sus sensuales y gruesos labios dejándome *hostiada* perdida.

Ruedo los ojos y me muerdo los labios, reteniendo una sonrisa. No quiero dejarme embaucar por este hombre, pero algo me dice a mí que no se me va a hacer demasiado fácil.

En el camino al centro comercial, recibo una llamada del gerente de la biblioteca donde me dijo que sentía no haberme avisado antes pero que por problemas técnicos, no abrirían al público. Y me lo dice a las once y media de la mañana. Si llego a ir, me hubiera quedado como una imbécil esperando en la puerta hasta que se dignaran a avisarme. ¡Cabrones!

Cuando llegamos, nos dirigimos directamente a la zona masculina, donde toda clase de ropa y marca, se exponen en los escaparates con atractivos maniqués. Y juro por dios que me llego a replantear la idea que tengo sobre los hombres e ir de compras. Son mucho más difíciles que las mujeres y Sebas es un buen ejemplo. Todo lo que ve le parece demasiado ancho, demasiado oscuro, con muchos bolsillos, poco estilo... en el momento que cruzamos las puertas hacia el exterior, estoy agotada y con solo un par de bolsas. Eh de decir que agradezco en el cielo de que no sea un hombre de gustos caros, teniendo en cuenta de que es empresario, se satisface con un par de camisetas de *Primark*, un jersey y un par de pantalones vaqueros. Él simplemente dice que le gusta vestir informal, salvo para el trabajo. De la ropa interior hizo todo un numerito y aunque solo de recordarlo me sonrojo, tengo que admitir que fue divertido verlo probarse los calzoncillos encima de los pantalones. Incluso hizo de Superman para hacer reír a un niño que iba junto con su madre a comprar.

—Eso estuvo bien... —dice al cabo de un rato mientras caminamos por la acera.

—Sí... estuvo divertido.

Me pongo a divagar entre mis pensamientos hasta que lo escucho carraspear.

—¿Tienes novio?

Su pregunta me hace hacer una mueca. Si a novio se le puede llamar la vez que besé a un niño en preescolar... o la vez que regalé mi virginidad al primo de Lorena... sí solo dos. Pero como él me pregunta si lo tengo en este momento, soy sincera. Más que nada porque me da demasiada vergüenza confesar mi inexistente vida romántica y sexual.

—No —contesto.

—¿Te molesta que te pregunte? —cuestiona, un poco después, al ver mi expresión taciturna.

—No... solo... no me siento cómoda hablando de esas cosas. Mis amigas me llaman mojigata por ello. —sonríe al recordarlo.

—No creo que seas una mojigata, simplemente demasiado inocente.

Eso me hace sonreírle provocando su sonrisa de vuelta.

—¿Y cómo es Lisa?

Puede resultar un tanto estúpida mi pregunta, pero quiero que él me cuente su versión, lo que siente. Hacerlo más real y por ende, no hacerlo sentir mal. Y aunque lo más seguro es que yo misma sepa más de Lisa que él, quiero que él me lo cuente.

—Lisa... —se queda pensativo al mismo tiempo que una sonrisa tonta surca sus labios. Se ve a leguas el amor que profiere por ella —, Lisa lo es todo para mí. Es lista, simpática, cariñosa... la quiero con locura incluso más.

Murmuro un «oh» que no estoy segura de cómo suena. Estoy celosa y no por estar enamorada hasta las trancas del hombre, si no que yo quiero alguien así para mí. Alguien que hable maravillas de mi persona, que me idolatre y me valore.

Llegamos a mi casa y mientras él se va a duchar, yo me pongo a hacer el almuerzo. Con un par de huevos fritos y patatas nos tenemos que aguantar. Pongo un poco de música solo para amenizar mi tarea y tanto me hace olvidarme del mundo que después de cantar el estribillo, unas palmas me hacen pegar un brinco del susto. La espátula con la que voy a sacar las patatas, desaparece del mundo.

—Cantas muy bien —me felicita llegando a mi lado y agachándose para coger la espátula desaparecida.

Cuando se yergue quedamos tan cerca que puedo oler mi champú y gel como si estuvieran en mi piel. Cierro los ojos un segundo e inhalo. Aunque sea mi mismo olor, tiene una pizca de su fragancia corporal. Tan sexual y varonil que me hace trastabillar hasta dejarme caer en la encimera. Su mano me agarra de la cintura poniéndome en la posición anterior. No sé si eso ha sido una buena idea. No para mi corazón de todas maneras.

—¿Estás bien? ¿Te estás mareando de nuevo? —pestañeo volviendo a la realidad.

—Sí, no, tranquilo. Solo tengo un poco de hambre y sufro de ansiedad.

—Pues vamos a comer, entonces. ¿Quieres que te ayude en algo? ¿A poner la mesa, quizás?

—Claro. Los platos están...

—Lo sé, cuando te preparaba el desayuno tuve tiempo de investigar. —Me sonrío de aquella manera que tiene y que nada tiene que ver en cómo me la imaginaba cuando leía y se va a la sala a seguir con su tarea, tarareando cualquier canción al azar.

Parece increíble la manera en la que lo conozco, sus gestos y manías. Todo desde el pensamiento de Lisa. Su amor. Por la que daba su vida, sin temor a nada. A la que prometió amor eterno en la orilla de una playa. A la que él acariciaba con dulzura y besaba con amor. ¿Cómo se sentirá Lisa ahora mismo? ¿Lo echará tanto de menos como él a ella? ¿Estará buscando la manera de volver a traerlo a su mundo de fantasía?

—¿Claudia?

Miro sobre mi hombro viendo cómo Sebas me observa a su vez con el ceño fruncido. Parece tan real...

—Voy... —digo al ver la mesa ya preparada.

—Oye... —baja la mirada a sus pies pareciendo incómodo de repente—... realmente presupuse quedarme aquí contigo sin saber tu opinión sobre ello. No sé si debería buscar un lugar en donde quedarme y...

—No digas tonterías —mis palabras suenan dolidas.

Y es que estoy dolida. No quiero que se vaya, en primer lugar porque por mi culpa él está aquí y no en su mundo, donde debe estar. Le debo como mínimo, cobijo y estabilidad.

—Clau yo solo... no quiero incomodarte ni acaparar tu espacio.

—Me gusta que lo acapares —rebato sin pensar realmente lo que estoy diciendo.

«¿En serio acabas de darle a entender que te gusta que acapare tu espacio?»

Su sonrisa me da a entender que se va por el doble sentido de mis palabras y sin esperármelo se acerca a mí dejándome sin escapatoria.

Sus dedos capturaron uno de mis rizos extraviados de mi coleta y lo estira para luego soltarlo y volverlo a alcanzar.

—Me siento tan diferente... —murmura de repente sin dejar de mirar mi cabello entre sus dedos—, siento como si toda mi vida hubiera sido una mentira y ahora esté viviendo de verdad. Echo de menos a Lisa, a mi mamá... pero también tengo miedo de volver. Sería como... morir —me mira a los ojos queriendo una contestación de mi parte. No sé qué contestar así que niego con la cabeza—. Mi sentido del tacto se siente diferente ahora... la suavidad de tu pelo, deslizándose por entre mis dedos. Lo tersa que tienes la piel. —y para dar énfasis a sus palabras pasa las yemas de sus dedos por mi mejilla haciéndome inhalar y aguantar la respiración.

Y cuando está por tocar mis labios, algo en su mirada cambia y aleja la mano como si de una bomba me tratara.

—Lo siento... no sé qué mierdas estoy diciendo.

Se va hacia la sala y me voy tras él sin decir nada al respecto. No sé qué decir a todo aquello de todos modos.

A la tarde, ya entradas las siete, decidimos que es hora de ir a buscar a Lorena. Paula me dijo que tenía doble turno en el trabajo por lo que no saldría hasta dentro de media hora, pero Sebas quiere pasear y ver el centro del pueblo así que me dispongo a acompañarlo. Tengo la ridícula sensación de tenerlo que proteger y dados los tamaños de uno y otro sería él quien me tuviera que salvar si algo malo pasase.

Lleva puesto una de las camisetas que le compré, esta en azul oscuro, y unos vaqueros que se amoldan a sus piernas haciéndolo parecer un súper modelo. Tengo que abanicarme un par de veces por el sofoco que empieza a darme y eso que estamos probablemente a bajo cero.

Llegamos a una tiendecita de víveres donde una pareja mayor coloca la fruta, con demasiado esfuerzo, en las cajas del exterior. Y Sebas al verlo, no duda en acercarse y arrebatarle la caja al señor y colocarlo él mismo en su lugar.

—¡Gracias, muchacho! —palmea el hombro de Sebastián en cuanto le ayuda a poner la segunda caja que carga la mujer.

—No hay de que... —asiente él con una sonrisa—. ¿No tenéis a nadie que os ayude con la tienda?

El señor y la señora se miran.

—Teníamos... —contesta la anciana un tanto apesadumbrada.

—Nuestro hijo se fue del pueblo hace unos meses, él era el que nos ayudaba. No es que podamos pagar demasiado a alguien para que haga el trabajo.

—Podría hacerlo yo —dice con seguridad—, me conformaría con lo poco que pudierais darme. Os vendré a ayudar cargando y descargando o disponiendo la tienda. Todo lo que sea un sobreesfuerzo para vosotros. ¿Trato?

Los dos lo miran con ojos orgullosos como si de un hijo se tratase y yo tengo que aguantar las lágrimas ante ese acto. La mujer, que se presenta como Catalina, besa su mejilla y el hombre Rodolfo, palmea su mejilla como un padre satisfecho.

Nos despedimos en cuanto recibo una llamada de Paula para que nos reuniéramos en la cafetería Doña Inés, donde Lorena acaba de llegar.

—Ha sido muy bonito lo que has hecho por ellos —le digo haciéndolo mirarme.

—Catalina me recuerda mucho a mi abuela y me vendría bien estar rodeado de ellos el tiempo que esté aquí. Más que hacerles un favor, sería como hacérmelo a mí mismo. No pediría nada a cambio si no hiciera falta de verdad.

Le sonrío y agarro su mano sorprendiéndolo por unos segundos. Luego es él el que me la aprieta para que no lo suelte. Cualquiera que nos viera, creería que somos pareja, pero él y yo sabemos que lo que está naciendo entre nosotros es una bonita amistad.

Después de andar casi medio pueblo, llegamos a la cafetería que desde el escaparate Paula y Lorena se quedan mirándonos como pasmarotes. No les he dicho que venía con él. Tampoco es que Paula se lo fuera a creer. Ahora... no tiene más remedio.

—Voy a pedir un café y un té para ti. ¿Quieres algún dulce?

—No, ten. —Le doy mi cartera y él tras hacer una mueca, la acepta—. Un té para mí estará bien.

Asiente y se va a la cola de gente que espera su turno.

Yo camino en dirección a las chicas que no desvían la vista del hombre que me acompaña y sus barbillas casi tocan el suelo. De no hablar que están por babear.

—Dejad de mirarlo así... —protesto sentándome en una silla libre.

—¿Pero quién es ese bombón? —pregunta Lorena sin dejar de mirarlo.

—Su nombre es... —allá voy—, Sebastián.

—¿Qué?! —chilla Paula ahora sí mirándome a mí—. ¿Te has buscado a un hombre para hacerme creer aquella absurda...?

—¡Es él, maldita sea! —estallo fuera de sí. Algunas personas voltean a verme y me obligo a tranquilizarme.

—¿Él, quién? —pregunta Lorena mirándonos a ambas.

—Ésta loca, que dice que Sebastián Mateo, el tío bueno de la novela, se le presentó ésta mañana en su casa por arte de magia.

—¿Qué?! Oh dios... así se me hacía familiar —murmura ella mirándolo de nuevo.

—¿En serio te la crees?

—¿Pero tú lo has visto?

—Puede haber millones de tíos con las mismas características. Puede ser un perverso que se gana la vida engañando a mujeres, haciéndose pasar por el personaje ficticio.

Por un momento el miedo amenaza con sacar su fea cabeza, pero me repito una y otra vez que ese no es el caso.

—No es así... —lo defiendo con voz pequeña—, y traigo el libro para demostrároslo.

Saco el libro y abro el último capítulo que sigue en blanco. Lorena lo alcanza y lo mira de

arriba abajo viendo que efectivamente es su ejemplar. Su nombre está firmado en la primera página y algunas acotaciones tuyas, escritas al pie de algunas páginas.

—Estáis Locas. En el hipotético caso que fuera él, sería más alto y su barba un poco más larga. También tendría la nariz un poco más torcida y...

—Cada una imaginamos una versión, Paula. No todas tenemos la misma imaginación.

—¿Más alto? ¿En serio? —pregunto incrédula. Ella me mira con una sonrisilla y temo por lo que diga a continuación.

—¿Qué? Soy pequeña y me imaginé casi a la altura de su...

—¡Guarra!

Golpeo su brazo y Lorena ríe con ganas. Suerte que Sebas llega y se callan como si hubiera aparecido el mismísimo dios personificado.

—Buenas tardes.

—Oh dios... —susurra Paula abanicando sus sonrojadas mejillas.

Ahora me arrepiento de haberlo traído conmigo.

Capítulo 3.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Louisa.

—¿Y tu perro?

—No tengo perro... —suelta una carcajada—, aunque me gustaría tener uno algún día. Un pastor alemán o algo así. Uno grande.

Paula entrecierra los ojos como si estuviera creyéndolo al fin. Pero no, sigue con su interrogatorio. Y he de decir que Sebas está aguantando como un campeón.

—Sebastián Mateo, según Lisa, tiene una marca de nacimiento en la cadera derecha.

—¿De verdad vas a hacer que te la enseñe? —dice él, rojo como un tomate y mirando a todos lados.

—Si no lo haces, no me creeré que de verdad eres el Sebastián Mateo verdadero. Y llamaré a la policía.

Sebas después de reprocharle con la mirada, se alza la camiseta y se empieza a desabrochar los vaqueros. Las tres nos quedamos como unas pervertidas viendo cómo sus manos trabajan con el cierre. Suave vello cubre su piel y juro por dios que no he visto nada tan sexy como eso. ¡Madre de dios! Él carraspea un poco incómodo ante nuestro escrutinio. Las tres nos estamos acercando cada vez más a lo que viene siendo... su masculinidad.

Damos un salto hacia atrás como si nos hubiera pillado la profesora copiando en un examen y hasta Paula que suele ser la más descarada, tiene un grave caso de mejillas calientes.

—¿Contentas?

Las tres observamos cómo una pequeña mancha oscura, se posiciona entre los huesos de su cadera. Y como no, mi incansable amiga, para cerciorarse de que es verdadera empieza a arañar su piel con las uñas haciéndolo alejarse de sus garras.

—¡Oye! —se queja al mismo tiempo que se abrocha los pantalones y se sienta avergonzado.

—¡Es de verdad! Oh dios... eres tú...

Y ahí se forma el caos.

Por un lado está Lorena, babeando y mirándolo con adoración mientras que por otro, Paula se hace incontables *selfies* con él, pegándosele como una lapa. Y qué voy a decir de mí... al principio me reía un poco, pero ahora... me siento desplazada y celosa, terriblemente celosa. Y después de no sé cuánto tiempo, seguramente horas, la mirada de socorro que Sebastián me lanza, es señal suficiente para que me levante cual resorte y me prepare cualquier excusa para irnos. Ya que por desgracia Lorena no sabe cómo ayudarnos con el tema de devolverlo a su hogar.

—Gracias a dios... —susurra Sebas por lo bajo, siendo yo la única en escucharlo.

Cosa rara ya que la que está más lejos de él soy yo. Supongo que es cosa de ser mi personaje, que tenemos una especie de conexión. Sí, seguro que fue eso.

—Nos tenemos que ir —digo agarrando mi pequeño bolso-mochila y viendo cómo Sebas intenta levantarse inútilmente.

Paula lo atrae de nuevo a la silla impidiéndole moverse. Otra mirada de socorro hace que me salgan garras, cual gata.

—Paula, *tenemos* que irnos —digo haciendo énfasis al “tenemos” y para ser más específica señalo a Sebastián con un movimiento de cabeza.

Ella hace un puchero de lo más infantil y se agarra a él como si un coala a un árbol, se tratara.

—¿Olvidas que tiene novia? ¡Deja de acosarlo, por el amor de dios! —harta de su tontería me encamino hacia el lado izquierdo de Sebas y tiro de su brazo consiguiendo que la garrapata se

desprenda con éxito.

Él suspira y se esconde tras de mí, agarrando fuertemente mi cintura con sus tibias manos. Tengo que recordarme cómo es eso de llenar los pulmones de aire y todas esas cosas.

—La semana que viene teníamos pensado salir a bailar ¿vendréis, no? —dice Lorena con una sonrisilla.

—Emm...

—Me gusta bailar —susurra Sebas en mi oído cortando mi excusa.

Y no sé si sus palabras junto con su cuerpo pegándose al mío completamente, fueron una clara indirecta o mera casualidad. El caso es que me imaginé a mi misma bailando así tal como estamos y yo muriéndome en el acto.

Siento cómo mis vellos se erizan al sentir su respiración en mi nuca.

—Iremos —digo haciendo que mis amigas se queden pasmadas.

Una de las cosas que más odio en el mundo es ir de fiesta. Punto número uno: no tengo nada lo suficientemente digno y bonito que ponerme para salir; y punto número dos: no quiero gastar dinero inútilmente, puesto que tanto la entrada como las consumiciones cuestan un ojo de la cara.

—Bueno, han abierto un garito nuevo. Uno de Samba —sigue diciendo Lorena tras la conmoción inicial—, la entrada es gratis y las dos primeras consumiciones también.

—¡Oh! —Exclama Paula dando palmaditas—, también hay una especie de concurso de baile. Podemos participar tú y yo, bebé... —ronronea mi amiga hacia Sebastián.

Él se tensa y como acto reflejo me apego más a él. Casi y me meto en su interior.

—Es mío, recuérdalo.

Paula pestañea y siento la risita de Sebas haciendo que su pecho vibre en mi espalda. Me siento tremendamente avergonzada ahora.

—Quiero decir... bueno... es mi personaje y...

—Lo entendemos —corta Lorena intentando hacer callar a Paula—, en esta semana te decimos dónde quedamos y vamos todos juntos. Ah y tengo un vestido para ti que estaba pensando dártelo desde hace un tiempo. Me queda pequeño y seguro te quedará perfecto.

Suelto un suspiro. Gracias en el cielo por las amigas como Lorena.

Tras despedirnos por segunda vez, esta la definitiva, Sebastián me suelta la cintura y agarra mi mano en su lugar. La tarde está fría fuera y por un segundo estoy a punto de decirle que vuelva a agarrarme.

—Tu amiga es...

—Lo sé —murmuro profiriendo un suspiro.

—¿Oye de verdad quieres salir a bailar? Yo simplemente deduje que sería divertido. Solía ir a bailar con Lisa y...

—No pasa nada —me adelanto a decir. Él me sonrío y se acerca un poco más haciendo que mi brazo se caliente en un segundo.

—Hace frío...

Se arrebuja en mi costado como un perrillo en busca de calor y no puedo remediar soltar una risotada. No me gusta llamar la atención, odio cuando la gente me mira de más. Pero aquí estoy yo. En mitad de la acera, riéndome a carcajadas haciendo que los transeúntes me miren como si estuviera loca.

—Deberías haber cogido el jersey —le reprendo cuando la risa amaina.

—Sí...

Nos quedamos en silencio por unos segundos, los coches pasan, la gente anda de un lado a otro yendo de regreso a sus casas o dios sabe a dónde. La noche ha pintado el cielo haciendo aparecer

las primeras estrellas.

Llegamos a casa y después de cenar unos sandwiches, Sebas se dispone a hacer su cama en el sofá. Le di las mantas de repuesto con sábanas y una pequeña almohada. Él parece como un niño pequeño a punto de ir de acampada.

—¿Seguro estarás bien? —le pregunto entregándole un pequeño cojín para que lo colocara en el otro sofá. Sí, el cojín que tapó una de mis tetas. Y por la mirada que le da, sé que él también lo ha recordado.

—Sí, tranquila. Será una gran aventura. —y sin esperármelo, me da un beso sonoro en la mejilla para luego andar hacia el baño.

«La aventura será en cuanto me meta en la cama sabiendo que te tengo en mi sofá»

Miro el despertador por enésima vez. Son las tres de la madrugada y el sueño no viene ni queriendo. ¿Cómo dormir con todo lo que me ha pasado hoy? ¿Cómo hacerlo si tengo al mismísimo Sebastián Mateo durmiendo en mi sofá? Y eso sin contar, que seguramente estará durmiendo con una camiseta y en calzoncillos. No compramos pijama, él simplemente me dijo que le molestaban para dormir. ¿Desde cuándo un pijama molesta para dormir? Para eso son ¿no?

Resoplo y miro mi cuerpo cubierto por un fino camisón que apenas me cubren las braguitas. Juro que no me lo he puesto para provocarlo. Paula me regaló cinco de ellos y desde que probé lo cómodos que son, me hice adicta a la suave seda acariciando mi piel.

Vuelvo a mirar el despertador y tras un gruñido me yergo y aparto las mantas de una patada. La casa está cálida y aun haciendo tanto frío fuera, la calefacción hace que se esté a gusto con solo un par de sábanas. Tengo calor, me arde todo el cuerpo y yo siempre he sido una cosa demasiado friolera. Siento la garganta seca y me levanto con cuidado e intentando no pisar demasiado fuerte y no despertarlo al salir.

Llego a la cocina sin percances, dándome el pequeño lujo de observar su figura enredada entre las sábanas, mantas y cojines haciéndome sonreír. La poca luz de la farola ilumina su perfil dándome la oportunidad de ver su cara. Consigo la botella de agua y cuando siento que vuelvo a estar hidratada, escucho unos murmullos inteligibles provenientes de él.

Frunzo el ceño en cuanto soy consciente de que estaba teniendo una pesadilla. Su cara es una mueca de dolor y sus manos se agarran a las sábanas hasta casi rajarlas.

Me acerco trémula, intentando escuchar lo que en murmullos dice.

—Lisa...

El corazón me da un vuelco y las lágrimas casi se desbordan de mis ojos. Echa de menos a su novia y si ya de por sí me siento culpable, ahora me siento peor. ¿Por qué mierdas tuve que invocarlo? Por muy inútil que suene eso...

Como cada vez que lloro, me entra el hipo y entre sollozos silenciosos me propongo abandonar la sala. Pero algo me agarra de la muñeca haciéndome trastabillar y quedar a pocos centímetros del rostro de mi huésped.

Sus ojos están desenfocados y brillantes, tengo la rara sensación de saber que no es a mí a la que ve exactamente. Y en cuanto abre la boca para hablar, me da la razón:

—¿Lisa? —su mano acaricia mi mejilla llevándose consigo las lágrimas que consiguieron salir.

Quiero sacarlo de su error, deseo decirle en este momento que no soy Lisa, que soy Claudia. Pero no puedo. No al verlo tan roto, observándome con añoranza y miedo.

—Lisa... te quiero tanto... —susurra sin dejar de atraerme hacia él hasta conseguir que me siente a su lado.

Él sigue semi tumbado y su mano ahora agarra mi nuca. Estoy viendo su rostro demasiado cerca y en cuanto estoy a un milímetro de sentir sus labios en los míos, me alejo de él.

—Sebastián...

Su tacto se aleja, el silencio nos inunda, pareciéndome demasiado ruidoso e insoportable. Y entonces la luz se hace alumbrando la sala. Sebas está de pie, junto a la pared con la mano en la llave de la luz. Su cara es de puro terror. Como si hubiera cometido un crimen.

—Claudia... yo... dios mío. ¿Te hice algo? —se pone a mi lado, arrepentido, agarrando mi barbilla con cuidado.

Niego con la cabeza y muerdo mi labio en coraje. Ha estado a punto de besarme y no me he sentido tan insultada en mi vida.

—Claudia lo siento. Soñé que...

—No importa. Yo solo te vi agitado y quise despertarte por si estabas teniendo una pesadilla. Simplemente vine a beber agua y ya me voy a acostar.

—Pero estas llorando... —dice como si no fuera ya demasiado obvio que estoy haciendo el mayor ridículo de mi vida.

—Solo me apena que estés lejos de tu familia y de... Lisa. Siento ser la culpable de ello. Y en cuanto sepa cómo hacer que vuelvas, lo haré.

Y antes de que diga nada más, me alejo haciendo alejar también su tacto de mí.

Capítulo 4.

Unos días pasaron, una semana concretamente. Ninguno de los dos ha vuelto a traer a colación lo que sucedió la primera noche y yo simplemente decidí llevarme una botella de agua en las noches por tal de no volver a repetirlo. Por las mañanas me distraía en la biblioteca, apagando las ganas que tenía de tenerlo conmigo. Me acostumbé rápidamente a su presencia y no fui la única. Sebas, aun queriendo seguir buscando una solución para volver con su familia, estaba cómodo y contento aquí. Se levantaba antes que yo, preparando el desayuno y ayudándome con la limpieza de la casa.

También ha estado trabajando en lo suyo y aunque cualquiera lo vería estúpido, ya que no sabía si en realidad podría volver a su vida normal y ejercer su profesión, me encantaba verlo en su mundo. Enfrascado en libros de economía y finanzas. Haciendo números y pareciendo un pez gordo de los negocios. Y lo que a Lisa se le quedó corto, fue decir lo terriblemente atractivo que se veía.

Se rascaba la nuca de tanto en tanto, fruncía el ceño y los labios cuando leía algo verdaderamente interesante o simplemente se cruzaba de piernas y se daba pellizquitos en el labio inferior.

También por las tardes, cuando venía de ayudar en la tiendecita, nos poníamos a buscar información en internet sobre la posible brujería, la cual yo era partícipe. Según las leyendas y los libros, yo soy algo así como una bruja y que para que todo vuelva a la normalidad debería hacer una especie de ritual ridículo, el cual consistía en decir las mismas palabras que utilicé pero al revés, al mismo tiempo que mataba a una gallina.

Ni yo quería matar a una gallina ni Sebas realmente pensó en que resultara aquella tontería. Lo único que nos quedaba era esperar o hablar con alguien que nos pudiera ayudar.

Me encuentro en la sección policíaca cuando mi jefa me dice que ya es hora de cerrar. Suspiro y tras colocar el último libro de mi carrito, cojo mi bolso y emprendo rumbo a casa. Tengo ganas de verlo y de saber qué es lo que hizo durante el día y aunque fuera igual que los días anteriores, me muero por escucharlo.

Cuando llego al portón, frunzo el ceño al encontrarme un coche rojo demasiado familiar para mí, aparcado justo en frente y con el ceño fruncido y mi corazón empezando a acelerarse, subo en el ascensor hacia mi piso. Abro temblorosa a la vez que escucho una amena charla desde dentro. Sebas está acompañado y no me gusta demasiado ver quién es la visita.

—¡Hombre, Claudia!

El hombre rubio con ojos marrones viene hacia mí y me estrecha en sus brazos. Tengo que obligarme a devolverle el saludo para no parecer demasiado violenta. Pero lo que realmente quiero es darle una buena bofetada hasta caerle los dientes.

—Fran, ¿qué haces aquí?

—¿Es que no puedo venir a ver a mi muñequita?

—¿Tu, qué? —miro a Sebastián por impulso y veo cómo se distrae viendo las pelusas de su jersey.

—Venga, Clau. Solo vine a ver cómo estabas y de paso invitarte a cenar ¿qué dices? Ya tu compañero de piso me dijo que no tenías nada que hacer.

Miro de nuevo al susodicho y esta vez puedo ver cómo de incómodo se pone.

—Fran, ¿nos dejas hablar un segundo? Tengo algo que decirle a mi “compañero de piso”.

Y sin esperar su permiso, ya que no lo necesito una mierda, agarro a Sebastián del brazo y lo llevo a mi habitación. Como cada día percibo su olor impregnado en las paredes ya que suele

arreglar mi cuarto y mi ropa cuando yo no estoy.

—¿Se puede saber por qué le dejaste pasar y qué es eso de que hoy no tengo nada que hacer? ¿Acaso me tomaste en cuenta para tomar esa decisión?

—Solo supuse que te gustaría salir con alguien. Esta semana solo estuviste aquí encerrada conmigo ayudándome a buscar una solución a mi situación. Él me dijo que era un viejo conocido tuyo y primo de Lorena. Pero si me dices que no lo quieres ver, lo saco a patadas del edificio.

—¡Es mi ex, Sebas! —exclamo por lo bajo haciendo que se calle—. El cual me quitó la virginidad y el que me dejó a los dos días por no ser suficiente para él. Hasta hace unos meses, supe que estaba por casarse con otra. Lo que menos me apetecía era volver a verlo. Y mucho menos tener que lidiar con él —suelto todo aquello con rabia contenida, que ni yo sabía que retenía. Pero ahora que todo se está removiendo, sé que no lo tengo demasiado superado. ¿Quién supera que tu novio con el cual das el paso más importante de tu vida, te deje diciéndote que eres inferior a él?

—Entonces si me disculpas...

Tras mirarme una última vez se prepara para irse de la habitación, remangándose las mangas del jersey a su paso. Pero no voy a consentir que aquello se lie más de lo que está. Se lo impido poniéndome entre la puerta y su cuerpo. *Demasiado* cerca de su cuerpo.

—Tú, quieto aquí —señalo y aprieto mi dedo índice contra su duro pecho —, seré yo la que lidie con ello ahora.

—No quiero verlo cerca de ti —gruñe mirándome a los ojos con rabia viva y acercándose hasta que nos tocamos.

—Pues ahora te aguantas —susurro mirándolo a los ojos y viendo cómo sus pupilas se dilatan —, fuiste tú el que lo dejó pasar.

Y esta vez me voy yo, alejándome de su cuerpo y encontrándome con mi exnovio viendo las fotografías enmarcadas que tengo encima de la mesa. No pega ni con cola en un espacio tan reducido. Él es más del tipo mansión con veinte habitaciones y tres cocinas no en una cajita de cerillos, que lo único que tiene de hogar es el felpudo que reza tal dicho.

Se da la vuelta en cuanto nota mi presencia, estirando una de sus sonrisas patentadas.

—Fran, no creo que sea buena idea que salgamos. Además tengo entendido que tu mujer...

—Divorciado, muñequita. Ahora vamos, tenemos que hablar y recuperar el tiempo perdido — en dos zancadas está frente a mí y agarrando mi mano para hacerme ir con él.

—Se la está ganando... —escucho susurrar entre dientes a Sebastián poniéndome los vellos de punta.

—Divorciado o no, no quiero salir contigo —espeto estirando de mi mano fuera de él—. Mi... —señalo a Sebas sin saber realmente cómo definirlo.

—Novio —acaba él por mí haciendo que me tambalee en mis pies.

—¿Qué? —Pregunta Fran incrédulo y con una risa floja —, si antes me dijiste que eras...

—Sí, eso también. Somos compañeros de piso y novios, así que vete por donde has venido y no vuelvas. No te quiero ver cerca de mi chica y como vuelvas a llamarla muñequita juro que será la última palabra que podrás haber dicho el resto de tu maldita vida.

Fran pestañea en conmoción sintiéndose enjaulado y asustado. Lo que tiene de brabucón lo tiene después de cobarde.

—Pero... Claudia...

Mi pseudo-novio agarra a mi ex de la nuca y lo saca de mi casa sin darle tiempo a protestar. Y cuando lo tengo en frente de nuevo, tras escuchar otra amenaza de parte de él, realmente no sé qué decirle al respecto. Aún sigo repitiendo la palabra novio en mi cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy un poco abochornada con todo esto.

—No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Claudia, ¿estás lista?

Suspiro dándome otro vistazo en el espejo de cuerpo entero que le da el espacio que le falta a mi habitación. Me veo demasiado ¿descubierta? No sabía que esta clase de vestidos eran del gusto de mi mejor amiga. El escote es tan pronunciado que ni sujetador puedo usar, el corte casi llega a mi ombligo. ¿Y la parte inferior? No podré agacharme en toda la noche o inclinarme demasiado.

Ahora lo que menos me apetece es dar la cara a Sebas con esto puesto. Pero un toque en la puerta me da a entender lo impaciente que está por salir, por lo que tras dar un último vistazo a mis tetas y a mi culo, me armo de valor y agarro el picaporte de la puerta para abrir.

Sebastián se encuentra de perfil en mitad de la sala, llevándose una copa de vino tinto a los labios, haciendo de la escena, algo demasiado erótico. Lleva su pantalón de vestir, lavado y planchado, también su camisa. Su perfume natural inunda el salón hoy más que nunca y odio la manera con la que mis piernas y manos empiezan a temblar.

Tras un sorbo a su bebida, su mirada me localiza y la copa se desliza de sus dedos hasta casi caer. Bueno es de reflejos al conseguir agarrarla a tiempo, pero el líquido rojizo, tiñe el suelo de baldosas blancas sin poder hacer nada al respecto.

—Lo siento, lo limpiaré en un momento y nos vamos... —se apresura a decir maldiciendo por lo bajo y sin ser capaz de mirarme.

¿Tan fea estoy?

Amoldo mis rizos bien peinados y colocados y observo la tela blanca que abraza mis curvas a través del reflejo en el cristal de la vitrina. Mis tetas están en su sitio y no me veo tan mal. ¿O sí? Mis párpados un poco ahumados dan profundidad a mis ojos y mi gloss rosa hace que mis labios parezcan más voluminosos de lo que ya son.

Sebas regresa de nuevo con un par de servilletas de papel y se inclina para arreglar aquel pequeño desastre. Mis tacones plateados, regalo de Paula en mi cumpleaños pasado, repiquetean en las baldosas mediante me voy acercando. Para con su labor y sus ojos observan la pedrería de mi zapato para luego subir la mirada por mis piernas, acariciando mi cuerpo con ella, hasta llegar a mi cara.

Traga saliva y se yergue.

¿Por qué siempre acabamos demasiado cerca?

Frunzo los labios sintiéndome cohibida por su impenetrable mirada y sus ojos vuelan a esa zona en el acto.

—Estas... —susurra alzando la mano hasta apartar mis rizos dejando mi cuello descubierto—
... diferente.

Parpadeo. No espero que me diga eso y no es que me esperara un «oh estás preciosa» «te comería hasta las pestañas» pero un «estás guapa...» no hubiera estado nada mal.

Él se queda mirándome con intensidad por largos minutos hasta que si de un trance saliera, sacude su cabeza y me sonrío antes de cogerme de la mano y arrastrarme hacia la salida. Solo me da tiempo de agarrar nuestros abrigo y bolso que ya estamos fuera de casa.

—Mejor no te digo lo que pasa por mi cabeza ahora mismo... —dice antes de que la puerta del ascensor se cierre manteniéndonos a nosotros dentro.

No sé qué decir a aquello. No sé lo que en su mente puede pasar ni a lo que se refiere. Mi

mano sigue en el interior de la suya, casi tragándosela. De tanto en tanto me mira de reojo y suelta un suspiro. Algo le pasa y no logro saber qué es.

La llegada al vestíbulo hace que suspire en alivio como si estar ahí encerrado conmigo hubiera sido una tortura. Yo hubiera estado veinte años allí metida con él, solo alimentándome de ese olor tan varonil y atrayente que destila.

Por suerte, el local no queda demasiado lejos de mi piso, por lo que no me molestaron demasiado los andamios que llevo por zapatos. Estuvimos todo el camino callados sintiendo la brisa fría arreciando mi cara y piernas. Sebas por el contrario, no se puso ni el abrigo, según él: Tenía calor. Algo raro teniendo una temperatura de cinco grados.

—¡Menos mal que llegáis! Ya íbamos a entrar... —saluda Paula nada más llegar a su lado y al de Lorena.

La segunda nos mira con picardía como si supiera algo que yo no.

—Estás preciosa —dice Lorena abriéndome un poco el abrigo para ver cómo queda el vestido en mí—, ¡vaya! Los moscones estarán a tu alrededor toda la noche, chica.

—No si yo puedo impedirlo. Vamos dentro.

Y ante las miradas patidifusas de las tres, Sebas nos empuja hacia el interior, escuchando los primeros acordes de una canción latina.

Capítulo 5.

Decir que este lugar es una auténtica gozada, sería un eufemismo. Estoy encantada, extasiada y hasta arriba de caipiriñas y mojitos. Sebas no está mejor que yo, su mirada brillante hace reflejo de su ebriedad y cada vez está más animado y risueño. Las chicas nos acompañan en cada baile y puedo decir que se me da bien bailar la samba. O es Sebastián el que baila bien y me lleva a mí con él. El caso, es que si no bailamos veinte canciones, no bailamos ninguna. Casi no siento los pies y no sé ni la hora que es; y no me puede importar menos.

—Eres preciosa —susurra en mi oído tras darme media vuelta y colocarme de espaldas contra su cuerpo para bailar pegados.

El vello de mi nuca se eriza y sonrío bobaliconamente consiguiendo por fin, lo que deseé que me dijera toda la noche.

Balanceo mis caderas, haciendo que mi compañero de baile se tense para después acompasar mis movimientos. Agarrando mis caderas con un agarre firme y delicado a la vez. Lo suficiente para no dejarme ir y permitirme bailar. Siento su nariz en mi cuello y a continuación como algo cálido y húmedo lame el sudor que se acumula en mi febril piel.

Jadeo y cierro los ojos dejándome llevar por lo que me hace sentir. Una parte de mi cerebro, una muy honda y oscura, me recuerda que aquello no está bien. Que él tiene a una mujer esperándolo y que mañana tanto uno como otro nos arrepentiríamos si aquel flirteo o tonto que tenemos, fuese a más. Pero le hago caso al pequeño demonio que baila en mi hombro izquierdo, el cual, me dicta que haga lo que el cuerpo me pide a gritos.

El alcohol hace su trabajo y le doy la bienvenida a la maravillosa desinhibición. Las luces se mueven y escucho mi risa a lo lejos. La voz y las manos de Sebas están por todas partes y de un momento a otro estamos en el pasillo de mi edificio, a oscuras, junto a la puerta de mi piso. Sebas besa mi cuello y yo gimo como loca agarrándome a su pelo y retorciéndome en sus manos. No sé cómo hemos llegado aquí ni qué habíamos hecho para acabar así. Pero lo deseo... ambos nos deseamos ya que el prominente bulto que adorna los pantalones de mi acompañante, me lo da a entender claramente.

—Dios... hueles tan bien...

Aúpa mi culo con sus manos y aprisionándome contra la pared me empotra haciendo que nos rozásemos en deliciosa sincronía.

—Sebas... —el temor a no hacer lo correcto me empieza a ahogar, pero es más fuerte las ganas que tengo de que me haga suya hasta caer desmayada.

—No sabes lo que me has estado provocando con este pequeño vestido. Y porque estoy lo suficientemente ebrio, soy capaz de decirte que he estado deseando besar tu piel toda la puta noche... de enredar mis dedos en tu pelo, tenerte así... —posa su frente en la mía, metiendo sus dedos entre mis cabellos, haciendo que nuestras respiraciones se mezclen. Ni la oscuridad en la que nos sumimos, es capaz de apagar las estrellas que centellean en el cielo de sus ojos —una semana... una semana es lo único que has necesitado para...

La luz del corredor se enciende de repente y nos separamos al mismo tiempo que mi vecino sube los últimos peldaños. Se para al vernos en mitad del pasillo, con el ceño fruncido y extrañado.

—¿Todo bien? —me pregunta a mí pero mirando amenazador a mi acompañante.

—Sí... —respondo buscando las llaves en mi bolso e intentando insertarla en la cerradura —, que pase buena noche, señor Benito.

No espero su respuesta, que de un manotazo agarro la camisa de Sebastián y lo hago entrar a mi

casa. La borrachera parece haberse volatilizado de un plumazo y al encender la luz, puedo ver que la de él, también.

—¿Sebas...?

Su mirada sube a mi rostro y no sé cómo tomármela. Arrepentimiento es lo único que entiendo y lo que me hace andar hacia mi habitación con paso apresurado y sin darle la oportunidad de lamentarse.

Pronto el llanto hace acto de presencia y con desprecio me despojo de mis ropas quedándome solo en la ínfima braguita que el vestido me permitía llevar. Me siento sucia, sudada y asquerosamente excitada. Quiero quitarme su olor que se ha impregnado en mí como una segunda piel; pero cual masoquista que soy, me enroscó en una esquinita de mi cama y sin destaparla ni apagar la luz siquiera, me quedo dormida entre sollozos.

Un olor delicioso a tostada recién hecha y a dulce de chocolate, me hace gemir de placer y salir de entre el lío de sábanas y colcha en la que me encuentro. Una bandeja dispuesta con mi taza especial para té, tostadas con mantequilla y un bollito de chocolate, es lo que me encuentro al otro lado de la cama haciéndome salivar.

Me siento, perezosa y sonriendo, agarrando el bollito del pecado y llevándolo a mi boca para darle un mordisco. Cuando voy a por el segundo, la puerta se abre y las imágenes de anoche corren por mi mente al verlo parado en el marco de la puerta, vestido con solo unos vaqueros.

—Buenos días.

Y entonces recuerdo que me acosté con solo unas bragas y me tapo dándome cuenta de que tengo una camiseta cubriéndome.

—Tenías frío en la noche... tuve que cubrirte y taparte con las mantas. No quería que enfermaras —relata él al mismo tiempo que se sienta a mi lado cerca de la bandeja. Mis mejillas arden: me ha visto desnuda. De nuevo —. Claudia yo...

—No tienes que decir nada, sé que por poco pasa algo entre nosotros y lo siento. Fui una inconsciente, bebí demasiado y...

—Yo también estaba allí... —interpela sonriéndome con ternura—, fui yo el que casi te desnuda en mitad del pasillo sin tener en cuenta nada más que estar dentro de ti.

Sus ojos observan su mano muy cerca de la mía y puedo sentir como una fuerza magnética me obliga a tocarlo. Mi corazón palpita fuerte y lento a la vez.

—Quiero a Lisa —dice por fin alejando su mano y mirando mis ojos —pero no sé lo que siento por ti.

Su confesión me hace aguantar las ganas de echarme a llorar. Quiere a su novia y yo no soy más que un obstáculo o prueba de amor que por una cosa o por otra, se le ha puesto en el camino.

—Prometo que todo será diferente a partir de ahora. Nos limitaremos a buscar una forma con la que puedas... —la palabra volver se me atasca en la garganta, quemándome la tráquea como lava ardiendo.

—¿Y luego? —pregunta observándome fijamente a los ojos—, ¿qué pasará luego cuando no te vea nunca más? ¿Te olvidaré en cuanto vuelva a mi mundo? Serás un simple recuerdo... si es que llego a acordarme. Y no quiero eso.

—¿Entonces...? ¿Qué es lo que quieres, Sebas? Quedarte aquí... sin poder ver a tus amigos, familia... ¿Sin ver a Lisa nunca más? si te vas... solo me perderás a mí —grazno sintiendo mi garganta seca y mi visión borrosa por las lágrimas—, pero si te quedas... lo perderás todo.

Se queda callado por lo que parecen horas, observando cómo una rezagada lágrima rueda por mi mejilla, desembocando en mi cuello.

—Comete el desayuno... se te enfriará —es lo único que dice antes de irse fuera de la habitación.

Son las doce de la mañana cuando salgo de la biblioteca. Estoy con el ánimo por los suelos, no tengo ganas de ir a casa y lidiar con la indiferencia de Sebastián. Cruzo la calle principal preguntándome que es lo que voy a hacer si no encuentro pronto la manera de que vuelva a su mundo. Había ojeado sin que mi jefa se diese cuenta, algunos libros de hechicería y otros tantos de brujería. Pero ninguno me dio una solución viable.

El móvil me vibra en el bolsillo y el nombre de Paula, titila en la pantalla.

—Ho...

—Hombre, hola, la desaparecida, que no quiere saber nada de nadie.

Ruedo los ojos y suelto una risilla.

—Hace solo tres días que salimos, Pau. Además, he estado ocupada y...

—Sí, ya... eso es otra. Tú mucho decirme que tiene novia, que está ocupado y vas tú y te andas de besuqueos y magreos como si nada. Tú no digas que lo querías para ti sola.

—Paula... estábamos borrachos y bueno... no llegamos a nada más que caricias.

—¿Caricias? —Se carcajea haciéndome alejar el móvil de mi pobre tímpano —, si casi os faltó follar como conejos encima de la tarima. Eso sin hablar de que casi te atraganta con su lengua. ¿Y qué me dices en el coche? Por dios... juro que fue como ver una peli porno en directo...

No la dejo seguir. Corto la llamada y me paro en seco en mitad de la acera sin saber cómo reaccionar. Aquello cambia todo y por un lado me siento rabiosa por no poder recordarlo. Guardo mi teléfono que vuelve a vibrar con una nueva llamada de Paula y miro mis manos temblorosas como si en ellas pudiera hallar una solución. ¡Nos hemos besado en los labios! ¿Él lo recordará? No, estoy segura de que lo olvidó como yo, ya que no dijo nada al respecto.

Con esa idea en la cabeza, llego a casa y abro la puerta temerosa de encontrármelo. La sala está desierta, recogida salvo por las sábanas y colcha dobladas encima del sillón. Suspiro sintiéndome aliviada de que no se encuentre en casa. Dejo mi bolso y llaves en la mesa y me despojo de mi chaqueta y jersey mediante voy camino de mi habitación. Quiero darme una ducha y ponerme cómoda, me apetece leer y relajarme. Parece haber pasado años desde que lo hice la última vez.

Con la muda de ropa en mis manos y solo en sujetador y bragas voy al baño y abro, encontrándome con una nube de vapor que casi me traga. Pero eso no es lo que me hace quedarme como una estatua en el umbral. Sebastián, me mira con los ojos como platos y solamente vestido con gotitas de agua y crema de afeitar en la cara. La cuchilla se queda suspendida en el aire a medio camino de su cara. Y doy gracias a que mi mirada no se queda mirando su masculinidad al aire, que aun en reposo, puede ser como mi brazo de grande.

Realmente tiendo a exagerar, pero juro, que esta vez no exagero demasiado.

Al fin reacciona, soltando la cuchilla y con total parsimonia y dejando su retaguardia a goce de mi visión, coge una toalla y se la enrolla en las caderas para encararme luego. En sus labios juega una sonrisa y sin decir nada al respecto sigue con su labor de rasurarse.

—Ya estamos a mano —murmura alzando la barbilla para pasar la maquinilla por su garganta.

—¿Q-qué?

Ni yo misma, sé qué hago todavía aquí parada. Viendo cómo hace muecas para dejar paso a la cuchilla y cómo deseo tener poderes de verdad para hacer caer aquella toalla.

—Que ya estamos en paz, te vi desnuda y tú lo acabas de hacer. Estamos a mano.

—Me viste dos veces —protesto dando a entender algo que no quise dar a entender.

Sebas termina con lo que hace y se enjuaga la cara. Acto seguido anda hacia mí soltando la toalla pequeña que usó para secarse las mejillas, en el lavabo. Su cuerpo llega al mío en toda su altura y me dejo caer en el marco de la puerta sintiendo mis piernas inútiles y sin fuerza para sostenerme.

—Entonces quita la toalla. Todo sea por quedar en paz. Aunque, te advierto, no me hago responsable por lo que pueda pasar después...

Capítulo 6.

Y si os preguntáis que pasó después... simplemente salí de allí escopeteada y me encerré en mi habitación con llave y empujando con mi cuerpo por si te atrevía a ir a buscarme.

¿Patético, verdad? ¿Pero qué iba a hacer? No soy una fresca que va por la vida quitándoles la toalla a hombres atractivos y acabados de afeitarse. Que por cierto, hasta hoy, no eh visto cosa más sensual que esa.

Es de noche, estoy comiendo una tortilla mientras Sebastián devora una manzana sin piedad. Claro está que se me hace difícil la tarea, ya que ver esa boca mordiendo aquella fruta del pecado, es todo un espectáculo. Un estudio dijo que para saber cómo besa un hombre solo tienes que observar cómo se come una manzana. Y si la otra noche me besó con las mismas ganas, no me extraña que acabáramos como lo hicimos.

—¿Quieres? —pregunta de pronto haciéndome dar un respingo.

Realmente no sé qué responder, ya que mi mente está tan fuera de juego que creo entender que si quiero que me lo coma igual que a la fruta. Por lo que opto por hacerme la idiota.

—¿Qué?

Su ceño se frunce un poco y sonrío. Como si solo con hacer eso, se fuera a acabar el hambre en el mundo.

—¿Estás bien? Si estás así por lo de antes, solo fue una broma, Claudia. —Deja la manzana en su plato vacío y tras lamerse de los labios el jugo, se dispone a charlar.

Y yo, después de ver eso, lo que menos tengo ganas es de hablar, naturalmente.

—Llevamos dos semanas viviendo juntos, ya creo que te conozco un poco y sé que estás rara. Como también sé que soy el único que he cogido demasiada confianza. Pero... me gusta hacerte rabiar, hacerte reír y... —su mirada se pierde en un punto del mantel y se mordisquea el labio como conteniéndose de decir lo siguiente.

—Paula me contó que la otra noche nos besamos —suelto a bocajarro.

Él suelta una risa que más bien no tiene nada de gracia. Se lleva ambas manos al pelo y se lo frota hasta dejarlo todo revuelto y sexy.

—Creí haberlo imaginado o soñado... —dice mirándome al fin a la cara.

—Podemos hacer como que nunca ocurrió. Amas a tu novia y esto solo fue un beso de amigos.

—¿Beso de amigos? Si casi te follo en un rincón del bar...

—Estábamos borrachos... —intento débilmente defendernos, dándole un manotazo mental a esa imagen que por arte de magia aparece casi vívida en mi memoria.

—No tanto para no saber lo que hacía en ese momento, Claudia. Siento que he fallado a una persona muy importante para mí y no sé qué hacer.

—Solo olvídale. Yo la haré y... deberías hacer lo mismo —susurro la última parte obteniendo toda su atención—. Míralo como una despedida de soltero. —Bromeo para quitar la tensión que se ha acumulado entre nosotros.

—¿De verdad estás bien con ello? no quiero perder a una amiga como tú por eso.

Asiento, sintiendo cómo millones de espinas afiladas se clavan en mi pecho. Me levanto tras darle lo que se supone debía ser una sonrisa y cojo nuestros platos para a continuación ponerme a fregar. Acto seguido, la televisión se enciende en el canal de deportes que da por finalizada nuestra charla de "amigos". «Dios, no he odiado más esa palabra en mi vida»

—Estás enamorada hasta las trancas.

—¡Oh muchas gracias por la información, Einstein!

Agarro el cojín que descansa detrás de mí en la cama de Lorena y se lo estampo en la cara haciendo que ría a carcajadas. Quizás hubiera sido más efectivo lanzarle la lámpara o el portátil de su mesilla.

Cuando ve mi cara de mala uva, para de reír y alza las manos en son de paz.

—Lo siento, pero es lo que veo. Te gusta y sientes cosas por él.

—¿Qué clase de “necesito apoyo moral” no entiendes? Además no estoy enamorada de él, lo conozco de hace dos semanas y media, es imposible enamorarse en tan poco tiempo.

—Bueno, técnicamente solo nos hace falta dos segundos para enamorarnos de una persona. Lo dicen los expertos, no yo.

—Sí, claro... —cruzo mis brazos y me dejo caer en el cabecero encontrándome terriblemente irritada.

Sabía que ir a Paula hubiera sido un error, pero ahora mismo, viendo la ayuda que estoy recibiendo de la otra, mejor me hubiera quedado en casa viendo Titanic. Hubiera sido más efectivo llorar a mares mientras me como un bote gigante de helado.

—Oye... —murmura Lorena sentándose a mi lado e instándome a abrazarla.

Que conste que lo hago a regañadientes y porque me hace verdadera falta, si no, le hubiera mandado a abrazar a un cactus.

—Todo va a salir bien. ¿Quién sabe si se enamora de ti y ya no quiere marcharse?

—Eso es muy improbable —digo con desgana notando mi garganta cerrarse—. Tampoco sabemos si algún día por arte de magia se volatiliza cual humo y desaparece del mapa sin avisar. Ya te dije que no sé cómo rayos llegó, en primer lugar.

—Bueno, todo a su tiempo. Ya hemos descartado que seas una bruja. Las brujas suelen ser descendencia de otras brujas y por muchas pintas que tenga tu abuela y tu madre...

—¡Oye! —el cojín vuelve a estamparse contra su cara ésta vez más fuerte.

—¡Ok, ok! —se carcajea—. El punto es que no lo eres. No sé qué otra cosa pudo hacerlo salir del libro.

Suspiro y nos ponemos a mirar la televisión donde el noticiero se retransmite. Me aburren sobremanera estos programas y no es que me dé igual las desgracias ajenas, pero es que siempre dan desgracias. ¿No hay nada bueno que decir del mundo?

«Miles de personas se concentraron hace dos semanas, para avistar a las millones de estrellas fugaces, llamada la famosa lluvia de estrellas. Todos cuentan que fue como ver caer el cielo ante sus ojos. Fue todo un espectáculo que nos dejó imágenes como éstas»

Imágenes preciosas de cielos estrellados y estrellas fugaces cayendo, se proyectan en la pantalla.

—¡Oh dios mío! —Exclama ella señalando la imagen y dando saltitos en la cama.

—Venga Lorena, es una estupidez lo que estás pensando. Ya no tenemos tres años para creer en esas cosas ¡por el amor de dios! —bufó y me quedo observando las imágenes que pasan, de la noche estrellada y cómo montones de estelas blancas hacen trazos brillantes en el cielo nocturno.

—¿Cómo lo explicas entonces? —chilla ella poniendo los brazos en jarras y mirándome amenazadora—. Eso pasó en la fecha en la que Sebastián apareció, tiene que ser eso. Si pides un deseo a una estrella fugaz, se te cumplirá, ¿o es que no escuchabas a tu mamá cuando te lo decía antes de dormir? ¿Qué clase de infancia tuviste tú?

—Eso es una tontería, Lore. Además no recuerdo que...

«Sebastián Mateo, yo te invoco»

—Es imposible... —susurro más para mí que para ella.

Sigo repitiendo en mi cabeza «es imposible» durante todo lo que da el trayecto hasta casa. Camino por la acera mirando de vez en cuando hacia el cielo. ¡Aquello era una locura! De un momento a otro, mientras cavilo, empieza a chispear. Frías gotitas caen sobre mi pelo y ropas y aun sabiendo que puedo calarme hasta los huesos no acelero mi paso. Estoy harta de correr, harta de vivir deprisa. Mis lágrimas se mezclan con las gotas que resbalan por mis mejillas y mis sollozos se camuflan tras los ruidos del tráfico.

Llego a mi casa media hora después, seguramente apestando a perro mojado y echa un asco. No puedo remediar el sentir miedo de decirle a Sebas que tengo una supuesta teoría. Quiero atrasar lo más que pueda nuestro encuentro por tal de no decirle, pero el destino una vez más está en mi contra.

Él baja los últimos escalones hasta el recibidor, luciendo apresurado y asustado. En cuanto me ve, suelta un suspiro de alivio.

—¡La virgen! Me asusté como la mierda al no verte en casa. No contestabas a mis llamadas, Paula no sabía dónde estabas y Lorena me dijo que hacía más de una hora que te fuiste de su casa. Estás empapada... —se acerca y me rodea sin importarle lo más mínimo mojarse. Lo siento tan cerca y tan mío que el llanto que pude aminorar antes, sale de nuevo con más fuerza.

A este paso tendrá una imagen pésima de mí misma. Y eso que rara vez lloro.

—Oye... ¿por qué lloras?

—Yo... solo...

—Dime que pasa... —se aleja de mí manteniéndome agarrada y haciéndome andar hacia las escaleras. Posiblemente no se atreve a coger el ascensor con este tiempo. Yo hubiera deseado poder quedarme encerrada en él para siempre por tal de tenerlo a mi lado.

Subimos las escaleras en silencio, solo roto por nuestras pisadas. Sebas espera mi respuesta y lo sé por la tensión creada entre nosotros. En cuanto siento el olor familiar de mi hogar, lo encaro. Tengo que decirle y dejar de ser una egoísta. Tengo que dejarlo ir. Y solo me queda rezar para que la dichosa estrella fugaz tarde en caer.

—Sebas... sé cómo hacerte volver.

Su ceño se frunce intentando comprender mis repentinas palabras. Pero luego una inmensa alegría inunda sus facciones.

—¿De verdad? —enciende la luz del salón, si quiera esperé a entrar del todo. Tenía que sacarlo de mi sistema o no lo hubiera dicho nunca y él no se merece eso.

—Sí... es una locura pero... también lo fue si pensamos cómo apareciste en mi casa.

—¿Y llorabas por eso? —una tierna sonrisa curva sus labios al mismo tiempo que sus manos agarran mis brazos acercándose a él.

—Te echaré de menos... —murmuro con la voz rota y sintiendo mi labio inferior temblar.

Sin decir nada más, me abraza apretadamente y cogiéndome en brazos me lleva con él hacia alguna parte de mi casa. Siento cómo se sienta, posicionándose a horcajadas encima de él. Lo abrazo cual koala enterrando mi cara en su cuello. Aspirando su maravilloso y embriagante olor.

—También te echaría malditamente de menos, pequeña...

Besa mi piel justo detrás de mi oreja, habiendo apartado previamente mi pelo mojado. Un escalofrío recorre mi cuerpo y siento cómo va repartiendo besos por todo mi cuello. Sus grandes manos sujetan mi abrigo, despojándolo de mí y dejándome en mi vestido rojo de punto. Su suave respiración me acaricia la nuca mientras que con sus dedos repasa mi columna sobre la tela. Beso su cuello haciéndolo soltar la respiración que no sabía que retenía.

—No te imaginas cuanto —susurra de nuevo, llevando las manos al bajo de mi vestido y subiéndolo a su vez. Destapando mis medias para que sus palmas ahuequen mi trasero y así

acercarme más a él.

Gimo sin poder remediarlo y salgo de mi escondite para mirarlo a los ojos. Ojos que me miran a su vez con un calor abrasador. Haciendo que mi cuerpo tiemble y desee todo lo que ellos me están prometiendo.

Tal vez ha sabido descifrar lo que todo mi ser grita porque de un momento a otro me veo sin el vestido y tan solo con mi sujetador blanco y mis medias negras. Dejo que las yemas de sus dedos acaricien mi espalda, descubriendo la suavidad de mi piel, la cual parece venerar.

—Eres tan suave...

El broche de mi sujetador se desprende y la prenda cae dejando mis pechos a la vista de su deleite. Sé que esto está mal y que tanto él como yo nos podemos arrepentir. Pasase lo que pasase, esto nos iba a pasar factura.

Arqueo mi espalda cuando sus caricias llegan a mis senos. Llenando sus manos y gozando de sus húmedos besos en mi clavícula. Estoy en la cúspide del éxtasis, parándome a sentir de a poco.

Me alza en vilo haciéndome soltar un sonido de exclamación y provocándole soltar una corta y ahogada risa. Me coloca en mis inestables piernas al mismo tiempo que él se arrodilla frente a mí, llevando sus manos a mis caderas y sus labios a mi barriga.

Jadeo cuando su lengua lame mi piel y sus manos van bajando las únicas dos prendas que faltan por desaparecer de mi cuerpo. Estoy desnuda ante él y no hay dios quien pueda parar aquello ya.

Ya vendrían los remordimientos, pero mientras, deseo con todas mis fuerzas que lo que vaya a pasar ocurra y no acabe jamás.

—Dime que pare, Claudia... —Besa mi monte de venus arrancándome un jadeo.

—Tú eres el que tienes que parar... —resuello tirando se su cabello, queriéndolo enterrar en lo más hondo de mi ser.

—No quiero—rebate con terquedad agarrando mis caderas para acercarme a su boca. Noto sus labios allí... donde se encuentra una vergonzosa necesidad de él.

—Pues no lo hagas...

Y no lo hace. Me devora como si comiera una maldita fruta, mordiendo, lamiendo y chupando todo lo que da de sí hasta hacerme liquido en sus manos. ¿Cómo no hacerlo cuando está haciendo un maldito buen trabajo allí abajo? Nunca en mi vida sentí nada como esto, jamás experimenté esta magnífica sensación de gozo, de desesperación, de éxtasis...

Acaricio su cabello, enredando mis dedos en él para luego estirar con pasión al sentir todo demasiado intenso. Mi respiración, mis gemidos y jadeos junto con el repiquetear de la lluvia, era lo único que se escucha en mi oscura habitación. Todo se siente cargado de sentimientos e intensidad.

Y entonces lo sé... todo esto solo forma parte de una dolorosa despedida. Está despidiéndose de mí de la forma más dolorosa que podía haber elegido. Está marcándome con sus tiernos besos, tatuándome sus caricias en la piel. Arruinándome para todo el que venga después de él. Y yo me estoy dejando hacer.

—Para... —suelto tras un sollozo.

Sus labios se despegan de mis muslos y su frente se posa en mi barriga. Jadea, conteniéndose, apretando mis caderas, casi haciéndome daño.

—No quiero —responde terco, con la voz tomada.

—No eres para mí... y yo nunca seré para ti.

Me deshago de su agarre y con temblores recorriéndome entera, hago mi camino fuera de la estancia hacia el baño.

—¿Cómo pude ser tan malditamente estúpida de enamorarme de ti...? —digo entre dientes sin

decirlo lo suficientemente alto para que me escuche.

Capítulo 7.

—Claudia por favor abre... —sus puños aporrean la puerta por enésima vez y como las otras veces, no le contesto ni hago lo que pide.

A la mierda con eso. No voy a permitir que me haga daño tan gratuitamente, para después largarse y dejarme destrozada. Aunque para eso ya es malditamente tarde. Estoy enamorada de él y eso es un hecho. No sé cómo lidiar cuando se vaya ni tampoco quiero pensarlo. Deseo con todas mis fuerzas que nada de esto hubiera pasado. Si no lo hubiera conocido en primer lugar no me encontraría desnuda y llorando en una esquina de mi bañera como una loca suicida.

—Claudia... perdóname... —profiere un suspiro y lanza otro golpe a la puerta—. Me dejé llevar y... solo no puedo parar cuando se trata de ti... cuando te toco... soy como una maldita polilla yendo hacia la luz.

—¡Solo márchate! —no quiero escucharle. No quiero sentir más de lo que ya lo hago como tampoco quiero que se vaya y me deje.

—Claudia... si me pides que me quede, yo...

—¡Y una mierda lo que digas! — Me levanto colérica saliendo de la bañera y abriendo la puerta para encararlo —no te quedarías aunque te lo pidiera ni tampoco te lo pediría. ¿Qué clase de persona me crees?

Sus ojos observaban mi cara con desazón e inquietud. Estaré echa un asco, toda llorosa y temblorosa. Pero no me puede importar menos.

—Por favor... deja de llorar —me pide acercándose y acariciando mi rostro con ternura.

Y mis defensas se quiebran junto con mi resistencia. Me abrazo a él cual clavo ardiendo. No quiero que se vaya de mi lado y a la vez haciéndome a la idea. No quiero perderlo pero tampoco quiero que él pierda a su familia, amigos y a su Lisa. Esa maldita mujer que lo haría feliz como yo no puedo hacerlo.

Esa noche nos acostamos juntos en mi cama. Abrazada a su cuerpo y sintiendo lo que es dormir bajo la protección de sus brazos. Cómo sus besos a cada tanto, amainaban mi llanto silencioso. De cómo su respiración me tranquiliza y calma cual canción de cuna. Lo amo y por sobre todas las cosas quiero que fuera feliz, aunque eso signifique que lo sea lejos de mí.

A la mañana siguiente, todo está mortalmente silencioso. No tengo a Sebas a mi lado y por alguna razón eso hace que mi corazón se precipite y me asuste. Me levanto de la cama, tirando las sábanas al suelo y corro hacia la sala, buscándolo sin éxito. Pestañeo un par de veces, sintiendo cómo las lágrimas se avecinan. No está, no hay ni rastro de él. ¿Y si ha desaparecido igual de rápido que apareció? Pero entonces se escucha cómo una llave entra en la cerradura de casa y con la cara mojada por el llanto silencioso, veo a Sebastián entrar sonriente con un capirucho donde adivino son churros deliciosos y grasientos. Su sonrisa se marchita y dejando el desayuno en la barra de la cocina camina hacia mí y me abraza. Enterrándome en su cuerpo. Calmándome y matándome a partes iguales, porque por un lado su tacto hace que me mantenga unida, pero sé que no va a durarme toda la vida.

No hace falta una palabra, desayunamos sin dejar de estar en contacto, ya sea rozando nuestras manos, o mirándonos. En la televisión se retrasmite una nueva lluvia de estrellas en la noche. Siquiera presto atención, solo me recuesto en su pecho una vez comemos y dormito intentando olvidarme de todo lo que no sea él a mi lado.

Sé que tarde o temprano pasará. Sebas se irá. Esta noche posiblemente ya no exista más y aunque me rompa por dentro, entre lágrimas, sonrío. Me ha regalado la felicidad absoluta, un

sueño hecho realidad y por ello... le estaré eternamente agradecida.

—Clau, ven conmigo a ver las estrellas —me dice de buenas a primeras, provocando un respingo de mi parte.

Es de noche, la sala está oscura solo iluminada por la televisión donde una película romántica se reproduce. Ha llegado la hora, lo veo en sus ojos. La ilusión de volver y la pena por dejarme. Asiento y oculto de su mirada mi dolor. Abre la ventana, dejando que la luz de la luna penetre en el interior y abro los ojos impresionada por la belleza de aquello. El cielo está estrellado casi en toda su extensión, no cabe una estrella más en el firmamento. Cada una crea un precioso dibujo, unas más grandes, unas más pequeñas. Todas preciosas, brillantes e inalcanzables.

Siento sus brazos rodearme desde atrás, su calor envolverme.

—Te quiero, Clau. Nunca dudes de ello.

Sonríó como una imbécil y me arrebujó en su pecho sintiéndome en el mismísimo cielo. Cierro los ojos por unos segundos, luego... la brisa que entra por la ventana arrecia mis brazos. Siento que se ha ido antes siquiera de abrir los ojos. Cosa que me asusta hacer sobremanera.

Por lo que me quedo aquí, llorando, con los ojos cerrados y con el pecho hueco.

—También te quiero...

Capítulo 8.

Los días que procedieron fueron un auténtico calvario, no sabía cómo vivir siquiera y eso era demasiado patético. O sea, un hombre que apenas conozco... relativamente, me ha hecho caer rendida con demasiado poco. Pero claro, es normal viendo que era un personaje creado especialmente para eso: volver locas a las lectoras. ¿Pero cómo me iba yo a imaginar que el libro venía con sorpresa de que si le pedías a una estrella el deseo de hacerlo real, va y te lo cumplía?

¡Es de locos! En este momento pensándolo en frío, parecía todo tan surrealista que pensé haberlo soñado. No era tan descabellado de pensar, mientras que estuviera sola. Porque mis amigas me lo recordaban a cada rato que si no... iba yo misma derechita a coger mi sitio en el manicomio.

Los abuelitos de la tienda, se extrañaron mucho cuando al día siguiente, con los ojos hinchados de tanto llorar les dije que Sebastián se había ido a su ciudad y ya no volvería. La tristeza que vi en sus ojos... tuve que irme a toda prisa para no ponerme a sollozar allí mismo y hacer el espectáculo.

Me rebujo en mi bufanda amarilla intentando coger el calor suficiente para no llegar a casa sin nariz y miro a un lado y a otro de la calle antes de cruzar a la acera de mi bloque. La calle está solitaria, la noche cae siniestra y una vez más echo de menos su compañía. Sé defenderme, claro, pero yo soy algo así como una cagueta de campeonato. La cual seguía creyendo en los cuentos de príncipes azules que protegen a sus princesas. Yo en mi imaginación ya tenía el mío viviendo conmigo, pero con el miedo a que de un día para otro se esfumara de la misma manera que apareció. Cosa que ha pasado por mucho que desee lo contrario. Él fue quien pidió volver a su mundo, eligió seguir su vida, una vida donde yo no estaba incluida.

Las noches después de su marcha dormía tapada hasta las orejas, con su jersey puesto a modo de pijama y su aroma aún impregnado en él. Me permitía conciliar el sueño, me consolaba cuando lo pensaba más de la cuenta y creí que en cierto modo me ayudaba a seguir.

Por la mañana me despierto como si me hubiese bebido el suficiente alcohol como para abastecer a toda una ciudad. Mi cabeza martillea, mis papados no encuentran la suficiente fuerza como para abrirse y cuando lo consigo, apenas un milímetro, la poca luminosidad que entra por la ventana me quema las retinas.

Me destapo y suspiro, me llevo todo el santo día haciéndolo como si mi aliento tampoco aguantase estar compartiendo espacio conmigo, por muy absurdo que suene eso. Sabiendo que tengo que vestirme y volver a ser persona, me levanto de la cama. Hoy es el cumpleaños de Lorena y hemos quedado Paula y yo para prepararle un desayuno sorpresa en su café favorito. Voy al armario, frotándome los ojos, intentando quitar la maldita arena que se niega a dejarme abrirlos. Alcanzo unas medias tupidas negras y cojo el vestido amarillo que Sebas se empeñó tanto en regalarme un día que pasamos por el centro de la ciudad a comprar carne.

Según él, este color me hacía parecer un sol radiante haciendo juego con mi sonrisa. ¿Veis? ¿Cómo es posible no enamorarse de eso? no solo es lo que decía, es cómo actuaba. Cómo me cuidaba sin ser nada suyo, apenas una conocida la cual tuvo que cederle espacio en su minúscula casa ya que no tenía dónde ir. Pero al fin y al cabo, fue mi culpa que acabara aquí en primer lugar.

Cuando ya estoy vestida, peinada y maquillada, ya me siento un pelín mejor. Sin embargo, cuando entro en la sala, mi mirada lo busca. El libro. Uno más de tantos que adornan mi pequeña pero coqueta estantería. Pero solo uno brilla de esa manera especial, aquel que lo encierra y custodia. Quizás deba devolvérselo a Lorena y deshacerme de la ansiedad que me carcome cada vez que lo veo. Pero ni siquiera me atrevo a abrirlo. Ver ese final que tanto miedo me da. Leerlo

casado con su Lisa, esperando un bebé y feliz... sin mí.

—¿Quizás te acuerdas de mí, Sebas? —pregunté a la nada.

Mi labio tiembla sin poder evitarlo y dos lagrimones se resbalan por mis mejillas seguramente haciendo surcos al maquillaje milagroso de los chinos. Las aparto al igual que mi mirada de aquel estante, no queriendo arruinar un nuevo día que apenas acaba de empezar. Es mi día libre, el cumpleaños de una de mis mejores amigas y no quiero que nada lo estropee.

Tras un mensaje de Paula diciéndome que está llegando, bajo las escaleras abotonándome la rebeca blanca a juego con mi *pashmina*. Ella me saluda con una sonrisa en cuanto me ve y con alegría grita mi nombre como si no me viera desde hace un mes. O quizás sí haya pasado todo ese tiempo. No hago más que ir del trabajo a casa y viceversa, intercalando mis idas o venidas con alguna compra necesaria para poder comer. Necesito una nueva vida.

—Te ves preciosa, envidio tanto tu figura... —dice haciendo un puchero, en el momento que entro en el asiento de su coche.

—No digas tonterías, estoy hecha un fideo. Tú tienes curvas preciosas y envidio tu trasero y tetas.

Ella se ríe malvada agarrando sus pechos y moviéndolos arriba y abajo haciéndome saber que eso a ella también le gusta. Me ahueco un poco el cabello y frunzo mis labios nerviosa. Sé con seguridad de que Paula en cualquier momento me...

—¿Cómo estás? — pregunta torciendo a la derecha, sin dejar de mirar al frente.

Cierro los ojos unos segundos, deseando de volver atrás en el tiempo y empezar yo la conversación. Lejos de mí y de mi estado lamentable post-Sebastián Mateo.

—Bien... ¿Lorena sabe que vamos a ir a por ella?

Escucho cómo suspira y niega con la cabeza dándose por vencida. Si no han conseguido hacerme hablar al respecto en todos estos días, no lo harán hoy. Aun no estoy preparada ni mucho menos.

—Si no lo recuerdas, este desayuno es una sorpresa. Ella no sabe un coño.

Me río sin saber que otra cosa hacer y le doy volumen a la radio. Una de esas canciones latinas que tanto nos gustan a las tres, suena haciéndome aguantar la respiración. Aquella noche de besos, de caricias... pulso el botón que permite pasar de canción y esta vez se escucha una canción completamente diferente y lejos de ser romántica. «Puedo soportar esto» me digo convencida, tarareando el ritmo torpemente.

Al cabo de veinte minutos vamos dirección a la ciudad contigua a la nuestra, a la cafetería preferida de la que, en el asiento de detrás, lleva un antifaz puesto para que no vea a donde nos dirigimos. La pobre hasta las manos atadas tiene por la cabezonería de Paula. «Cómo se nota que leíste más de una vez las cincuenta sombras esas» le recriminé una vez vi maniatada a mi pobre amiga. Aunque tampoco es que se la estuviese pasando mal. Incluso amarrada canta a coro la canción de turno que se reproduce en la radio y pregunta con buen humor, cuando llegamos.

La sorpresa es mayúscula. El lugar es precioso, con terrazas cubiertas, llenas de plantas y flores, arcos de ramas y fuentes con estatuas bellísimas. El desayuno cuesta un ojo de la cara pero merece la pena. El vernos admirar las vistas que aquel rinconcito nos brindaba, con una sonrisa, fue lo mejor.

—Oye, Clau... —aquí íbamos otra vez...

Levanto la cabeza y dejo de observar las deliciosas tortitas con sirope. Lorena me mira preocupada y su mano se adelanta sobre la mesa para agarrar la mía. Y sí, en sus ojos veo que ya va siendo hora de decirles cómo realmente me siento.

—No estoy bien, pero lo estaré tarde o temprano. Me haré cuenta de que no ha sido más que un

sueño. Una bonita fantasía la cual quedará en mis recuerdos para siempre.

Las dos se quedan calladas por unos segundos y luego Paula habla.

—¿Qué te dijo antes de marcharse?

Trago saliva nerviosa.

—Que me quería, que no lo olvidara.

—¿Y volvió al libro sin más? —Pregunta Lorena, bebiendo de su zumo.

Asiento y me encojo de hombros a la vez.

—Supongo que sí, desapareció, eso es que volvió.

—Pero a ver que yo me entere. ¿No verificaste que volviera al libro? Es decir, ¿leíste el final? —su cara es una mezcla de sorpresa e indignación que no sé muy bien cómo tomarme.

—No, y no lo haré. Verlo feliz con Lisa es lo que menos me apetece. Además ustedes que lo leyeron ya, seguro sabréis que se casan y tendrán bebés. Paso de saber eso. Solo de pensarlo me da la ansiedad.

—Claudia del Carmen, como no leas ese maldito final en cuanto llegues a tu casa, te juro por lo más sagrado que te lo incrusto por los ojos —amenaza Paula señalándome con el dedo, haciendo que Lorena suelte una risilla y yo tema realmente por mi vida.

Sé cómo es Paula, y sé lo que es capaz de hacer para salirse con la suya. Por lo que no me queda más remedio que claudicar y decirle que lo leería en cuanto llegara a casa. Después de desayunar, el camarero nos trae una pequeña tarta de vainilla y nueces con un par de velas numéricas para Lorena. El local entero, la gente que allí desayuna, se atreve a cantar el cumpleaños feliz junto con nosotras. Mi amiga casi llora de la emoción y yo solo quiero olvidarme, aunque solo sea por unas cuantas horas, de que voy a leer el dichoso final.

—Ahora vas a subir —empieza a decir Paula, Lorena asiente desde el asiento trasero como si ya supiera lo que va a decir—, cerrarás la puerta con llave, desconectarás el telefonillo y apagarás el teléfono. Tienes que leer ese maldito final, ponerle fin a esta historia y solo así podrás pasar página por muy irónico que suene todo esto, ¿estamos?

Asiento y me despido de ellas. Mediante subo las escaleras, no estoy en condiciones de entrar en el ascensor y que la ansiedad haga de las tuyas, pienso en si realmente me atrevería a abrir el libro siquiera. Una vez llego a mi piso, hago lo que Paula me dice, excepto lo de desconectar nada y lo agarro con las manos temblando. Acaricio el título, aquellos ojos azules dibujados en la portada, que me miran y me transmiten tanto. Ojalá apareciera todo su rostro, para poder apreciar cada arruguita que se le marcaban en las mejillas al sonreír. Esos labios gruesos que tanto amé besarlos. Entonces comprendo que sí... que me hace falta hacer esto.

Sentándome en el sofá, llevándome un cacao caliente y mi mantita, me dispongo a leer el capítulo final. Preparándome mentalmente para llorar a mares y morir un poco a la vez. Solo espero que surta el efecto deseado y pueda pasar página. Lo que más me sorprende es ver que el capítulo no está narrado por Lisa como los anteriores, eso solo hace que mis nervios aumenten. Lo voy a escuchar hablar aunque solo sea en mi mente. Sentir lo que él siente...

Capítulo 35

Froto mis labios con los dedos, trémulo, sin atreverme a abrir los ojos y verla. En lo más profundo de mi alma deseo que todo vuelva a ser como antes, que todo lo que ha pasado, solo haya sido un lindo sueño. Pero no. Creí que se me olvidaría su rostro, su boca pequeñita de labios con sabor a... ella. No han inventado aún el nombre de esa fragancia que no fuera el suyo.

Lisa acaricia mi rostro. Se siente extraño a la vez que familiar. Un pellizco se instala en mi pecho en cuanto vuelvo a sentir más besos en mis mejillas, en mi frente, de vuelta a mis labios y después en mi cuello. Sus manos de dedos menudos, uñas cuidadas, se sienten raros cuando repasan mi torso con cariño y cuidado.

Le he pedido matrimonio. Lo recuerdo al ver el brillante anillo que adorna su dedo. Se supone que tengo que estar feliz así que hago todo lo posible para devolverle un abrazo necesitado y sonreír. No merece la pena lamentarse por algo que ya no existe. O quizás el que no existe soy yo, no lo sé.

La mamá de Lisa entra en el cuarto, haciendo que ella se separe de mí y grite con júbilo, contándole la buena noticia. Todo es algarabía después de las palabras que mi futura esposa relata con ansiedad, excitación y ansias. Pero por mucho que intente contagiarme, no lo consigo, no si son sus rizos rubios lo único que veo en vez de la cabellera larga y sin ondas de Lisa...

Mi sonrisa decae en cuanto las dos mujeres salen de la alcoba diciendo que van a darle la noticia a mi futuro suegro y me siento en la cama apesadumbrado. Acariciando aquellas colchas que tantas veces acarició mi piel y la de Lisa al hacer el amor o simplemente descansar. Entonces me da por mirar por la ventana. Algo llama mi atención provocando que mis cejas se frunzan. El cielo está extraño como debatiéndose en ser de noche o de día, pinceladas raras de diferentes colores y la luna y el sol ambos a un palmo de distancia el uno del otro. ¿Cómo es eso posible?

Imagino entonces la lluvia, que no tarda en mojar los campos y jardines haciéndome dar un respingo hacia atrás. ¿Quizás lo he provocado yo? un rayo seguido de otro pero el cielo sigue despejado, alumbrado y la mitad en penumbras. Me quedo observando ese espacio oscuro, con miles de estrellas y pestañeo haciendo que se caigan todas y cada una de ellas.

—Claudia...

Es lo único que puedo decir antes de que todo se derrumbe a mi alrededor.

Ahogo un jadeo al ver las siguientes páginas en blanco. El capítulo está incompleto, no hay nada salvo el color crudo de las hojas enumeradas. No hay final, pero él dijo mi nombre...

El timbre suena. Mi corazón se dispara y el miedo traspasa mis venas haciendo que mi respiración se acelere a todo lo que dan mis pulmones. Vuelve a sonar, la persona que llama insiste una, dos, tres veces incluso golpea la puerta.

Me levanto, con la manta enroscada a mi cuerpo, con los dedos temblando inserto la llave en la ranura y la giro haciendo que el sonido del seguro suene. Giro el pomo pero no soy yo la que abre la puerta. Es empujada hacia mí, obligándome a dar un paso atrás asustada. Pero no puedo reaccionar al ver lo que ven mis ojos justo frente a mí... mojado, con la misma ropa con la que lo vi por primera vez y...

—Con la próxima lluvia de estrellas... volveré a verte —dice con la voz ahogada antes de agarrarme de las mejillas y besarme.

Fin

Epílogo

Sebastián

Mi casa, mi hogar, mi vida y mi existencia. Todo eso era para mí mi Claudia. Una espiral de colores y formas desprovistas de sentido, hacen que jadee de la impresión y cierre los ojos por pura inercia. La voz de Lisa taladra mi cabeza, diciéndome que me quiere, luego la imagen de Claudia sonriéndome. Bailando en el local. Sus rizos. Sus ojos.

Siento cómo mis pies consiguen estabilizarse sobre un suelo firme y temo abrir los ojos para ver lo que me voy a encontrar. Lo hago cuando me encuentro preparado y es cuando reparo en la puerta frente a mí. El timbre a un lado, el color oscuro de la madera y el nombre de ella en una pequeña placa justo encima de la mirilla.

El corazón me martillea demasiado rápido en el pecho. Lo hice. Lo he conseguido y lo he deseado tanto que parece mentira que me encuentre de nuevo aquí. ¿Claudia lo sabrá? ¿Sabrá que he vuelto esta vez para quedarme con ella?

Levanto el brazo y con energía golpeo la puerta. Los nervios me traicionan, las ganas de verla, abrazarla y besarla hacen que pegue más fuerte y cuando veo que se abre y que aparece frente a mí el tiempo se detiene. O soy yo que me precipito contra ella para hacer lo que he estado deseando desde que me desperté en aquella cama con Lisa.

Abarco sus mejillas, mis labios acuden a los suyos y ahogo su jadeo, tragándomelo y volviendo a la vida. Su boca se siente deliciosa, mojada y caliente. Claudia reacciona a los pocos segundos, llevando sus pequeñas manos a mi cabeza y arañando mi cuero cabelludo con desespero. Como si no se creyera que estoy aquí y apenas han pasado horas desde que me fui. Quise despedirme de todos, sin embargo, no pude hacerlo. Algo me decía que había sido un error volver, dejarla, no podía permitir que pasara mucho más tiempo y que se olvidara de mí.

Con un ágil movimiento, la levanto a pulso, haciendo que sus piernas se enrosquen en mis caderas y pueda llevármela a donde realmente la deseo. Tendida debajo mí, desnuda y gimiendo de placer. Tengo tantas ganas de hacerle el amor como de follármela como un puto desquiciado.

—Sebas... —resuella.

Pronto noto la humedad y el sabor de sus lágrimas en los labios y sonrío porque son de felicidad. Lo siento por la necesidad que tiene de atraerme hacia ella con desesperación. La siento en la encimera de la cocina, no puedo mantener las manos quietas, amo su culo como también amo cada parte de su cuerpo divino. Lleva el vestido que le regalé, amarillo, brillante y precioso. Por muy ridículo que suene, me hizo acordar de su sonrisa y no pude detener el impulso de conseguirlo para ella. Es la primera vez que se lo veo puesto y no puedo saber con exactitud si la deseo con él puesto o echo una bola en el suelo a nuestros pies.

—Claudia... mi Claudia... —murmuro en su cuello.

Lamiendo su piel, llevándome las pocas notas de su perfume, aspirando y aguantando la respiración como si quisiera verificar que es ella. Llego a su espalda, dándome cuenta de cómo tiemblan mis manos. Bajo la cremallera del vestido y este cae dejando gran parte de su torso al descubierto. Sus senos están cubiertos por la suave tela de un sujetador de encaje blanco. No sé si le queda pequeño o está hecho para volver jodidamente loco a aquel que la vea con él. El borde le llega a la mitad de los pechos, dejando parte de las aureolas al descubierto. Sus pezones se adivinan erguidos, como piedras presionando el tejido.

Inclino la cabeza hacia abajo, chupando la suave piel, cerrando los ojos y dejando salir un gruñido de mi garganta. Claudia se arquea divina sobre la encimera, ofreciéndose, entregándose por completo a mí sin inhibición. Esto es lo que es vivir. Es lo que siente una persona real y duele

como un hijo de puta. Me siento dolorido, todo el jodido cuerpo se siente extraño. Los vellos erizados, las punzadas en mi bajo vientre. Y la tortura que es tener la erección apretando contra el pantalón.

Con rapidez estiro de sus medias, rasgándolas en el proceso. Miro sus ojos, no puedo describir su expresión, solo sé que me hace querer arrodillarme a sus pies y pedirle clemencia. Claudia lleva sus deditos hasta mi camisa, la desabotona con delicadeza, no entiendo que estoy demasiado acelerado como para ir tan lento. Me saco la prenda por la cabeza sin aguantar un segundo más y entierro mi cara entre sus piernas deseando poder embeberme de la humedad que emana su coño.

—Ay Dios mío... —gime echándose hacia atrás hasta recostarse contra el mármol.

No le he quitado el sujetador, siquiera hace falta para lo que tengo pensado hacer. No es impedimento alguno ya que la tela es tan fina y delicada que siento su piel como si estuviese desnuda. Con la diferencia que las yemas de mis dedos se adormecen con la fricción, cosa que se siente deliciosa.

—Mírame... no dejes en ningún momento de mirarme —le suplico con voz ruda.

Haciendo que alce la mirada, apoyándose de los codos y observando cómo lamo su sexo sobre el encaje de sus bragas igual de revelador que la parte superior. Sabe delicioso, embriagante y mi pilla pulsa dolorosamente una vez más. Me ahogo, no consigo llevar el suficiente oxígeno a mis pulmones, pero ni por asomo dejo de comérmela aunque sea lo último que haga.

Claudia grita cuando mis dedos encuentran su entrada al hacer a un lado la tela. Está apretada y chorreando, haciendo que la idea de penetrarla se convierta en algo más que tentadora, fácil y deliciosa. Mis dedos entran y salen mientras que mi lengua hace símbolos de infinito en su clítoris. Sus piernas se abren más, con ambas rodillas rozando el mármol de la encimera. Con mi otra mano me abro el pantalón, dejando a regañadientes su precioso pecho derecho y bajo mis calzoncillos lo suficiente para que deje de doler. Me acaricio a mí mismo, no aguantando más y jadeo haciendo que mi aliento golpee su coño.

—No pares... —me suplica, moviendo sus caderas en un vaivén al compas del movimiento de mis dedos y lengua.

—No lo haré —le prometo.

Al cabo de unos segundos siento su cuerpo tensarse, su boca abrirse y un gemido derramarse de su boca junto con un sollozo de placer. Siento su vagina pulsar por su orgasmo, mojando mis dedos más de lo que están y dándome probar su delicioso orgasmo. Claudia se deja caer de nuevo hacia atrás, temblando y con la respiración todavía acelerada.

Quizás deba dejarla hablar, quizás deba decirle cómo es que he vuelto, sin embargo no me siento capaz de acabar con esto aquí. Posicionando cada una de sus corvas en el interior de mis codos, la llevo al borde de la encimera, haciendo que se incorpore y me mire. Tiene el rostro completamente rojo y el cabello se le pega en la frente por el sudor. No me quiero imaginar cómo me veo yo.

Sus manos vienen a mi encuentro, agarrando mi nuca para atraerme hacia su boca. Con un certero empujón, mi polla se abre paso en sus carnes y silbo una maldición. Se. Siente. Malditamente. Increíble.

Sin dejar de mirarla a los ojos y de rozar sus labios, adelanto y retrocedo mi pelvis primero despacio para poder acostumbrarme. Lo que siento es tan maravilloso que estoy a punto de colapsar. Por un lado tengo miedo a no ser lo que ella espera de mí y por otro serlo. Ha leído mi historia, cada una de las escenas en donde yo y... Lisa hemos hecho el amor.

Maldita sea si no me veo en la obligación de hacerle ver que esto es mil veces diferente con

ella. Me muevo más rápido, profundizando nuestro beso hasta tal punto de hacernos daño. Claudia me pide más, yo le doy más y cuando creo que se va a acabar el mundo un escalofrió me recorre la espina dorsal, me corro con fuerza, murmurando su nombre entre respiraciones ahogadas.

La levanto de la encimera y me la llevo haciendo que suelte una carcajada. Llevo los pantalones por los tobillos y parezco un idiota andando a saltitos.

—¿Te estás riendo de mí, señorita? —le pregunto guasón, tirándola a la cama, haciendo que revote y se ría más.

—¿Yo? No me atrevería a hacerlo... —responde haciéndose la desentendida, llevándose un dedo a la boca.

De pronto parece juguetona, como si no hubiese tenido suficiente. Claramente no hemos tenido suficiente ninguno de los dos, cuando siento cómo me excito de nuevo al verla con el vestido enrollado en su cintura, en ropa interior y mi semen manchando parte de sus bragas y muslos. Con cuidado se las quita, dejándolas caer al suelo con una floritura que pretende ser sensual. No hace falta que lo haga, toda ella lo es en conjunto. Se desnuda completamente, tirando de cualquier manera ese precioso sujetador que sin duda se ha convertido en mi favorito.

—Me vas a dejar aquí sola o vas a venir a hacerme compañía —murmura abriendo las piernas, enseñándome su depilado sexo, enloqueciéndome otra vez.

—Quieres verme morir demasiado pronto, muchacha... —jadeo, quitándome los zapatos, los calcetines y los pantalones.

—No seas así, después de hacerme esperar dos meses, lo que menos puedes hacer es resarcirte... —dice mordiéndose los labios.

Frunzo el ceño y lanzo una carcajada sin creerme lo que dice. ¿Cómo va a ser eso posible? Beso su cuello y me lanzo a devorar su boquita preciosa.

—No han pasado ni tres horas desde que me fui y ya te parecen meses, no hubiese aguantado tanto tiempo.

Veo cómo la confusión cubre su rostro, sin embargo no dice nada más. Sonríe, me besa y se recuesta haciendo que mi cuerpo cubra el suyo por completo. Sus ojos gritan lo que no se atreve a decir en voz alta, por lo que me anticipo.

—Te amo, Claudia —le digo mirándola a los ojos—. Como nunca antes he amado a nadie. Eres mi realidad, por la que dejo y dejaría todo sin importar nada.

No me responde de primeras, sus ojos se aguan por las lágrimas contenidas y me insta a entrar en ella con cuidado. Estoy sensible, demasiado y a ella parece pasarle lo mismo cuando cierra los ojos y jadea.

—Yo también te amo —responde y es cuando puedo decir que soy completamente feliz.